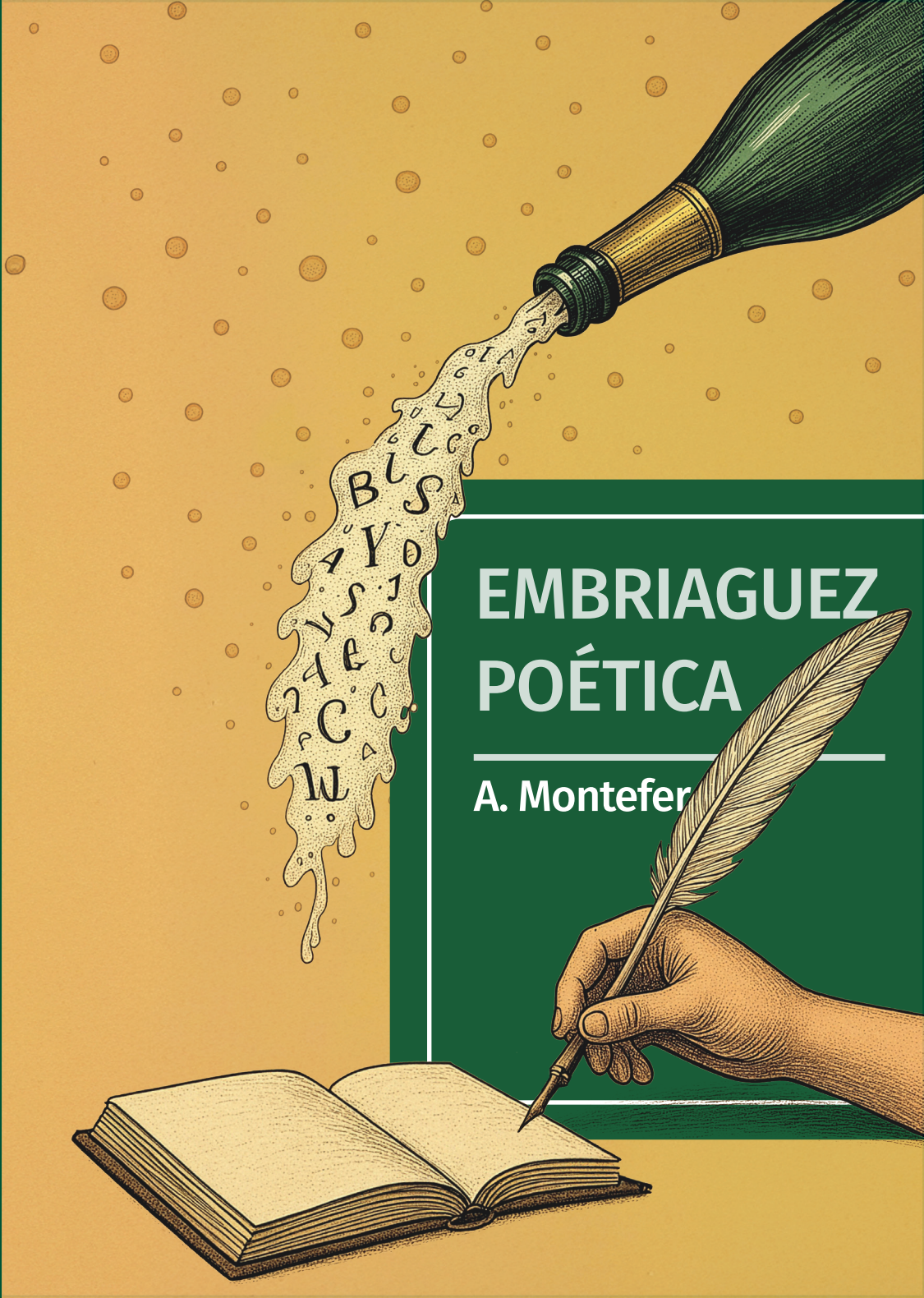


A bottle with a green body and a gold-colored neck is shown pouring a liquid that is composed of various letters and symbols (A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N, O, P, Q, R, S, T, U, V, W, X, Y, Z, and punctuation marks like comma, period, exclamation mark, question mark, and ampersand). The liquid is falling into a green rectangular box. The background is a light orange color with many small, dark orange circles scattered throughout.

EMBRIAGUEZ POÉTICA

A. Monteferr



Dedicado a mi hija Gema:

Por soportar mis poemas en torpe intento
y corregir con paciencia mi mediocridad,
dedico este poemario en su monumento;
otra ebriedad de poesías sin calidad.

Gracias por sufrir mi espiritual adviento
sin desechar lo escrito por mi vanidad.

**Siempre recordando a mi difunta esposa
y a mis otros vástagos: Eva, Diana y Marco.**

EMBRIAGUEZ POÉTICA

**(Algunos pensamientos,
como aperitivo de lo que va a leer)**

El problema de la humanidad es carecer de ella.

*Para sentirnos mejor y salir de la nulidad,
criticamos al resto.*

Aunque nadie mire, tu conciencia te ve.

*Es fácil decir lo que hay que hacer,
lo difícil es hacerlo.*

*En un mundo de móviles y redes sociales,
donde sólo se valora a los 'influencers',
todo es prisa y despersonalización fecales;
es difícil para un poeta florecer.*

*Ángel Fernández Montero
(A. Montefer)*

EMBRIAGUEZ POÉTICA

Solo en su habitación, busca inspiración;
cada verso que hace muy pronto expira,
como daga clavada en el corazón;
nudo gordiano que contra él conspira.

Rompe sus rimas, grita en su agonía,
sus poesías mueren antes de nacer;
su pluma gime rota en la porfía
y él, inútil, siente su alma perecer.

Invoca al cielo, gime en su condena,
mas la musa se calla, sorda a su voz,
y, ante el silencio, aumenta la pena,
lo deja vacío, en agonía atroz.

Maldice al aire, implora a la fortuna,
pues, sin musa, todo será decepción;
mas de repente brota como espuma
un río ardiente y puro con su canción.

Pronto en su mente el fuego se desata,
una idea oscura inunda su razón;
un vendaval en ráfagas lo arrasa
y embriaga en su furia, vértigo y pasión.

Verso tras verso fluye desbordado,
borracho de letras ríe sin razón;
su mente arde con fuego iluminado,
delira como ebrio en dulce perdición.

Mas ya al final, sus frases balbucean
con locos cantos que manchan el papel;
sus manos tiemblan, rotas lo recrean,
y su musa es ya huidiza sombra cruel.

Ahora el exceso quiebra su cordura,
muchos versos suenan huecos, sin piedad;
se ve perdido en bárbara locura,
con absurda musa de felicidad.

Sólo contempla ruinas en la mesa,
papeles rotos, tumbas de su dolor,
un eco muerto lo oprime y atraviesa,
y en el fracaso se lleva su valor.

Tristes cenizas de su imaginación,
que así sepultan todo lo que piensa;
sin reparo describe su sinrazón
y su mente naufraga en pena inmensa.

Siente que su arte sólo es destructivo,
que la locura es su condena aviesa,
y yace a solas, espectro pasivo,
en sepulcro maldito que lo expresa

ALEGATO CONTRA EL VERSO LIBRE

No os basta el ritmo perfecto,
ni el endecasílabo bruñido como espada,
tampoco la rima que os recuerda
vacías bóvedas en los templos.
Necesitáis libertad de palabra,
sin cadenas que enturbien el pensamiento.
Hoy, quien me lea
prefiere a mi balbuceo desnudo
ese hilo roto,
una respiración hecha palabra
sin ataduras,
sin una música que suene antigua.

Y yo, fracasado poeta,
con el peso de sílabas contadas,
me miro en el espejo de las rimas
que domaron mi mano
como bridas de caballo desbocado,
y me siento de mis fantasías despojado.

El tiempo me pide
abandonar mi orden
para entrar en el imprevisible verso libre;
y me exige, urgente,
que no busque la belleza en cada cadencia,
sino aceptando su inevitable fractura.

Pero hay un fuego que nos distingue:
la poesía no se doblega ante un molde.
Es río que fluye,
sea en un cauce tallado en piedra,
en lluvia deshecha en charcos,
o en llanto que corra por un rostro.

Si mi poema es *vintage*,
y vuestro verso libre,
pintura abstracta;
ambos, sin embargo,
nos muestran el mismo concepto:
el intento humano
de captar el sentimiento imposible.

MADRID, CIUDAD INSOMNE

Palpita la ciudad bajo un entramado de cables,
y en cada esquina se respira una historia,
que se enreda en humo de ilusión y sueños.

El aire huele a cafés y bollería reciente,
a humo y promesas que se cruzan sin verse,
a desodorante, colonia y perfume.

La ciudad respira, sin descanso, en ráfagas de neón
y avenidas donde el pulso no descansa
con el estruendo de autobuses y coches.

Semáforos parpadeantes, luciérnagas urbanas,
calles que murmuran nombres olvidados,
oyendo correr, para vivir deprisa.

Bajo el concreto, el eco de cien mil pasos murmura,
cada uno es un sueño que se niega a dormir,
mientras por debajo siga corriendo un tren.

Con el pulso acelerado de un murmullo constante
de gente, que habla o discute mientras corre,
y en los andenes baja y sube escaleras.

Comentarios y risas que se mezclan con motores,
graffitis de colores sobre paredes,
niños que juegan en parque oxidado.

Multicolor, en patios florece ropa tendida,
y en balcones, banderas en los desfiles
o pancartas para decir no se rinden.

Los edificios, altos o bajos, como certezas,
guardan risas, peleas y besos fugaces,
tras cristales de ventanas encendidas.

El sol se refleja en los vidrios de los rascacielos,
como si quisiera incendiar cada día,
y la noche llega con neón y promesas.

Madrid incendia cada momento hasta hacerlo eterno,
cual criatura inmensa difícil de nombrar
baila en el ritmo del tráfico y del azar.

Y, cuando la noche despliega su manto eléctrico
y las luces de neón invaden las calles,
nada se detiene, todo se acelera.

La ciudad se desnuda de cansancio y se reinventa:
abren clubs nocturnos y las discotecas,
bares, teatros, cines y los musicales.

Día y noche, aquí todo vibra, gira y todo arde.
La ciudad nunca duerme, sueña despierta
y en su agitado sueño se entrega a todos.

Late Madrid bajo un claro cielo de piedra y fuego,
en donde las campanadas de las doce
no marcan el tiempo, sino la memoria.

La Gran Vía despierta con un bostezo de luces;
los balcones se abren al rumor del día
y al olor del café recién hecho a prisa.

Terrazas, bares y cafeterías son sus templos;
la ciudad conversa con quien la camina;
sus parques y plazas son su respiración.

Con sus museos, sus teatros, cines y musicales,
pronto será la ciudad más visitada,
más envidiada y floreciente de Europa.

Por Lavapiés se mezclan acentos y religiones;
en Malasaña el arte está por los muros;
y en Chamberí todo guarda un eco antiguo.

El Retiro suspira entre su estanque y sus paseos,
y el Manzanares, con discreción, observa
al sol derretirse en las torres de cristal.

Viendo sus inclinadas torres deseando besarse,
la gran torre con ventana al infinito,
o la que imita un cohete pronto a despegar.

Con su Quijote en busca de gigantes en molinos;
con sus mercadillos, congresos y Rastro,
recodos de los Austrias y La Latina.

Madrid nunca duerme, siempre permanece
despierta
alegre, infinita, desvío al paraíso,
como un corazón que se niega al descanso.

Porque en esta ciudad no sólo se mira, se siente:
late en el alma, en la piel, arde en los ojos
y captura como fuego sin frontera.

ODA AL AMOR ETERNO

Amor, llama divina que me abrasa,
fugaz lucero en la noche escondida,
fuego que consume en altar sin brasa
y sombra de luz en llama prohibida.

Suspiro antiguo de los dioses muertos,
bordando sueños en polvo y herida,
como un conjuro entre los sueños yertos,
con esa voz que en sombra me adivina.

Exiges sangre, invades los umbrales,
tu existencia en mi alma se alza y la arrasa,
corroyendo de templos los vitrales,
a la vez que, cariñoso, me abrazas.

Eres torrente, júbilo y quebranto,
nafragio dulce donde el alma muere;
mil voces te alaban por tu encanto
y en cada beso tu universo hiere.

Es tu voz de caos y de cruel destino
la que nos reanima en la total ruina;
el cáliz de la sangre y desatino;
el fin que empieza y el dolor que afina.

Eres locura, abismo y armonía;
en ti se funde el sol con la tormenta;
mi corazón te busca cada día,
aunque tu presencia abrasa y atormenta.
Te invoco en niebla, luna y cementerio,
donde los astros lloran tu condena;
tu promesa, abismo y mi cautiverio,
dios que preside con ternura y pena.

Tu rostro surge en sueños de ceniza,
donde los siglos duermen su tormenta,

y en cada labio que la noche irisa,
arde tu rito con dolor que alienta.

Tú nos concedes la gloria y la pena,
coronas de oro y cruces de destierro,
lloras con lluvia, ríes con la arena,
y vuelas libre causando mi encierro.

Amor, te nombro y el aire se estremece,
los astros giran bajo tu decreto,
mi alma, esclava, grita, gime y obedece
bajo tu signo oscuro, puro e inquieto.

Tu altar es sexo, lágrima y cuchilla;
sobre él se ofrenda el pulso, la cordura,
la rosa muerta, el corazón que humilla,
y nace el gozo en medio de ternura.

Tiemblan las almas bajo tu presencia;
arde el espíritu en sagrado espanto;
en cada beso habita la demencia
que al alma entrega a su final encanto.

De ti nacieron rosas y cuchillos,
ángeles ciegos, sombras que se besan;
tu nombre agita los antiguos brillos
de estrellas idas que jamás regresan.

Llama inmensa de una diosa incorpórea,
te sigo ciego entre el fulgor del miedo;
tu beso es rito, mi tumba y gloria áurea,
fe que se entrega al abismo y al credo.

Amor, incógnita en la noche eterna,
tu pulso guía las almas errantes,
tu llama enciende la visión fraterna
de un trono a los amantes visitantes.

Encarnas la alegría y mi alborozo;
el calor del sol después del nubarrón;
alivio del preso en el calabozo;
el arrullo musical de una canción.

Sensación que se aloja y se alimenta
con el loco palpitar del corazón
y encontrados sentimientos que alienta,
sin ningún control, ni medida o razón.

Si en mí persistes, pierdo la cordura;
si rechazo, muero por tu descuido;
en tu esencia florece mi locura
y en silencio descubro lo prohibido.

Sobre el corazón graba tu estandarte
con letras rojas de pasión y duelo,
y haz de mi ser un templo que comparte
tu luz maldita y tu fulgor de cielo.

Amor, conjuro, vértigo divino,
te elevo en plegaria salves mi mente,
sé mi pecado y sé también mi sino,
mi redención y mi final ardiente.

En tu misterio el universo gira
y el tiempo cae rendido ante tu llama;

tú eres el final que todo lo inspira,
esa eternidad que a sí misma se ama.

Y, cuando muera, quiero en tu mirada
hallar la noche que el dolor engendra,
pues, si te pierdo, no me queda nada,
¡sólo tu sombra más honda y eterna!

Mas si al final mi vida se consume
en la candente flor de tu agonía,
renazca el alma, pura, sin perfume,
en tu mirada de ¡eterna poesía!

CARTA A LA MUJER QUE EL ALMA SUEÑA

Mujer, si al verte mi voz se detiene
y mi ser tiembla al borde del suspiro,
es que en el alma entera me inspiro
y el miedo a perder tu amor me contiene.

Qué no daría por un beso tuyo,
que tus manos acariciaran mi piel,
que al mirarme no me miraras con hiel
y no hablaras con la inquina que intuyo.

Cuando pienso que estás en mi vecindad,
aunque tu alma aún esté en la lejanía,

mi corazón nota esta cercanía
y la alegría explota en mi intimidad.

Un no vivir dentro de mí se agita,
y hace que yo viva y muera para ti.
Eres fuego de pasión dentro de mí,
con tu imagen que en mis sueños habita.

Pensar en ti me sume en la inconsciencia
y al imaginar tus trémulos labios,
yo me olvido de los consejos sabios
con los que se atempera mi impaciencia.

Suelo suspirar con cálida pasión,
para descubrir comunes anhelos
que te lleven mis suspiros en vuelos
y sepas cómo te abro mi corazón.

Emocional deseo pretendido
de tu cercanía y fuego abrasador,
que del amor es galante embajador,
del susurro enamorado y sentido.

Perdona este descaro de mi parte
y deja tu personalidad fuera,
para que el corazón de amor no muera
y al sentir este engaño no me aparte.

Esta confesión de mi amor y anhelo,
llena de mis suspiros cadenciosos
que fluyen en profundos ensueños,
sólo intenta disipar mi desvelo.

Tú eres luz que en el alba me redime;
la dulce sombra que impaciente espero;
eternidad de un instante que quiero;
la voz que con sus silencios me oprime.

Deseo fundirte con mi impaciencia;
que de amor estés a punto de llorar;
que al sentir mi angustia te obligue a gritar,
porque el amor también tiene conciencia.

Con tus leves pasos parece volar,
pues al caminar no se sienten tus pies.
Quiero que tu mano acaricie mi piel
y que exploten mis entrañas con su hilar.

Si imaginaras lo que el pecho siente
cuando tu risa cruza mi memoria,
esa sonrisa, aurora de mi historia,
sabrías que en mi pulso estás presente.

Cuando tú ríes, tiembla mi existencia,
se enciende el cielo y calla mi tormento;
mi amor te sigue puro, como el viento
que al rozar una flor deja su esencia.

Tu voz es la oración que me consuela,
la música del alma en mi destino;
y en cada sílaba hallo mi camino,
como el mar halla a Dios bajo su estela.

Te amo con una sinrazón sincera,
como ama la fuente al claro manantial,

como ama la llama al aire angelical
que aviva su candor y la libera.

Te amo sin tiempo, ni razón, ni causa;
como ama el mar la orilla que lo hiere;
como el poeta al verso que nunca muere;
como la flor al viento que la arrasa.

Yo te daría todo cuanto tengo;
sacrificaría mi vida por ti.
Y no pienses que al decirlo te mentí
al sufrir y reír mientras lo mantengo.

Tú apareces y dejas en suspenso
un mundo que sin ti se desvanece;
parece que tu paso me adormece
y el aire en tu perfume se hace intenso.

Tú eres mi amor, mi noche y mi alborada;
la paz que imploro, el bien que me sostiene;
si mi verso te nombra, amor, contiene
toda mi vida de ti enamorada.

Eres mi fe, música y despedida;
la paz que anhelo y el temblor que adoro;
si te pierdo, te busco y lo deploro;
si tú no estás, te invento en cada vida.

Al escribirte me tiemblan las manos,
sumergidas en dudas e impaciencia,
porque al pensarlo pierdo la paciencia,
e imagino estos requiebros muy vanos.

Te escribo esto con intenciones puras,
dejando en cada letra mi latido
por lo que mi corazón ha sentido
si con tus ojos, al leerme, me arrullas.

Y si, al fin, un día lees esta carta
y en su arrullo tu corazón se abisma,
sabrás que en cada línea eres tú misma
y existe un corazón que se desgarras.

Pues, si al final tus ojos me buscaran
y en mí hallaras temblor y poesía,
vivirías con mi propia alegría.
¡Tómame, amor! que en ti mis horas paran.

Acércate, rompe nuestra distancia
y deja que tu piel sea mi camino;
me envuelva en su temblor más cristalino
y el mundo se rinda con tu fragancia.

Ven, que en tus labios nace mi fortuna
y en tu abrazo girará el mundo entero;
no habrá ni más hielo, ni amor austero;
si tú me amas, yo alcanzaré la luna.

Cuando sienta tus labios en mis labios
y un dulce beso nos una a los dos,
nuestras almas dejarán de ser dos
y mudarán en corazones sabios.

Y, a tus pies, yo seré tu siervo más fiel,
como un amante único y perdurable,

que sufrirá tus caprichos amable
y te acariciará amoroso la piel.

SILENCIO DE MUJER

Aún recuerdo cómo el amor me cegó.
Creí que con él hallaba al príncipe azul,
y he sido marioneta que relegó
a bajas pasiones ocultas en baúl.

Amable y cariñoso con la mujer;
sádico y pretencioso con la esposa.
De exterior, simpático en su entretener;
tirano impúdico con quien desposa.

Evoco días de promesas dulces,
cuando, feliz, mis sueños creían en él;
hoy sólo me quedan ruinas y sauces,
con la fe quebrada en su negro burdel.

Él afirma amarme, mas su mirada
es frío cuchillo que corta mi ser;
en su gobierno quedo encarcelada,
atrapada sin ser capaz de escoger.

Después de acabar con cada paliza,
meloso y triste solicita el perdón;

me colma de regalos que desliza,
pero pronto me devuelve al paredón.

¿A dónde puedo ir para escapar del ruín?
¿Saldré adelante sola con mis hijos?
¿Ellos se sentirán a salvo por fin?
¿No me los quitará en juicios prolijos?

Vengativo, ¿tomará represalias?
¿Les hará algún daño a mis hijos o a mí?
Si él afirma: “eres mía y de nadie más”,
¿lo tomará mal si me alejo de aquí?

La gente, sin saber quién es, lo aprecia;
lo considera amigo respetable
y lo invita a sus fiestas con frecuencia
junto a su marioneta lamentable.

En público sonrío; soy figura
con sonrisa en máscara de carnaval;
nadie descubre mi rota armadura,
ni mi llanto oculto que cae en manantial.

El mundo observa y pasa indiferente;
mi voz se estrella contra su cruel cristal;
soy la vergüenza que nadie presiente,
siempre disfrazada en su propio final.

En la penumbra escondo las heridas,
cubiertas al alba con un velo afín
de ilusiones ya rotas y vencidas;
mi piel es el mapa de un dolor sin fin.

Gritaría para romper cadenas,
pero mi voz muere antes de despertar;
temo a la culpa, bochorno y condenas,
y el miedo me silencia y me vuelve a atar.

Si lo hablo, temo pública condena,
si callo, me extingo en sombra y soledad;
¿qué duele más: mostrar qué me encadena
o ser sepulcro de mi propia verdad?

Sus manos marcan rutas en mi carne,
cicatrices que ninguno quiere ver;
yo se las muestro con miedo cobarde,
pero son cadáveres de mi deber.

La esposa siempre debe ser sumisa,
su compañera leal y agradecida;
si te golpea es porque eres remisa,
con motivos para ser agredida.

Soy sombra viva que no sabe huir;
prisionera que conoce su final,
mas, por vergüenza, no lo va a extinguir,
ni contar la verdad a su vecindad.

A veces, deseo pedir auxilio,
quisiera escribir mi historia en un papel;
mas me avergüenza llevar el cilicio
de querer al hombre que me vuelve hiel.

Pienso en la muerte como en un refugio,
un plácido lago donde descansar;

mas algo dentro, quizá un subterfugio,
me suplica “aguanta” y obliga a remansar.

En mis silencios nace la pregunta:
¿por qué me someto a su poder brutal?
¿Será que el mundo me enseñó la culpa
de ser mujer en este reino letal?

Los hijos me encadenan como un ancla;
¿qué ocurrirá si algún día les falto?
¿Pagarán mi culpa por ser tan mala,
si al denunciarlo yo, lo sobresalto?

¿Verán que con mis ficticias torpezas
frenaba que también los maltratara
con su cólera, golpes y bajezas,
aunque por las heridas yo sangrara?

Esta desesperación me consume,
porque yo misma construí esta cárcel
con las ilusiones que él nunca asume
e hijos procreados a golpe de cóctel.

Soy marginal en calles y en miradas;
soy invisible en sus fiestas y en café;
mi voz se pierde entre risas ajadas;
mi vida duele, pero nadie la ve.

Mas en mi abismo guardo una esperanza,
una brizna tenue que me quiere alzar:
si alguien me escucha y me da su confianza,
tal vez con mis alas pueda despegar.

Tal vez despierte de esta pesadilla
salvando a mis hijos de tanta crueldad.
Tal vez encuentre la ilusión perdida
y el mundo nos demuestre algo de piedad.

ADEFESIO: LO QUE EL ESPEJO CALLA

Sé que soy repulsiva, un adefesio.
Los hombres evitan mi compañía
con miradas de desdén y desprecio
que, llorosa, en el cristal, borraría.

Me miro y no encuentro más que silencio;
mi rostro es máscara que causa terror;
la gente al verme aparta el rostro necio,
y siento que la angustia me ahoga en rencor.

¿Por qué nací siendo fea y deforme?
Mi rostro es la máscara de un carnaval;
mi cuerpo parece babosa informe,
por su peso, embarrancada en un fangal.

Vuelvo a mirar con horror mi condena,
el vidrio cruel me escupe su reflejo,
la gente pasa y ríe, me envenena
sufriendo el peso inmundo de su espejo.

Sus ojos me atraviesan como espadas;
sus risas me persiguen por la calle,
se mofan sin piedad, me dan patadas,
y cada burla hace que me acanalle.

Miradas como cuchillos que hieren,
labios con flechas rotas sin aprecio.
A mis lágrimas sus risas profieren,
y mi alma sangra, hundida en su desprecio.

Aún creo que mi luz no está perdida,
que soy más que este cuerpo que no agrada,
más que esta gorda carne y rostro en caída,
o ser la estatua en la fiesta olvidada.

En bailes soy el mueble que no encaja,
la sombra en un rincón, lo innecesario;
nadie se acerca, soy una mortaja;
ni una sonrisa o gesto solidario.

Deseo ser, por un instante, bella,
bailar sin miedo, libre y sin desvelo,
que ningún hombre mancille mi estrella,
mi fe, ni mi tristeza, ni mi cielo.

Idealizo ser normal, reír sin miedo,
sentir que alguien me mira y no se asusta,
que un hombre me respete sin enredo,
sin convertir mi pena en carne injusta.

Porque los hay, lo sé, que se aprovechan,
que huelen mi tristeza, mi abandono,

y ofrecen su calor, mas sólo acechan
un cuerpo que violar, sin el corazón.

Son sólo hambrientos lobos disfrazados
que olfatean mi llanto y mi quebranto
y buscan en mi cuerpo, desolados,
placer sin alma, efímero y barato.
Sólo contemplan la belleza exterior;
se olvidan de sentimientos y pudor,
del amor y alma que habita en mi interior
como flor escondida entre su verdor.

Yo debo tener algo que ellos no ven,
no soy mi piel, mi cuerpo ni mi llaga,
pero el espejo me grita su desdén,
y el alma se me parte y se me apaga.

Entonces, pienso: ¿Vale esto la vida?
¿Vale este mundo falso este desprecio?
Y el acoso de una idea prohibida
me ronda como un beso sucio, necio.

¿Con mi muerte los haría despertar?
¿Si me muero, se sentirán culpables?
¿Comprenderán que me han hecho desertar;
que con su desprecio son responsables?

Sigo viva, con lágrimas de fuego
y unas manos que han olvidado rezar
porque, aunque el mundo entero siga ciego,
mi alma, aunque esté fea y rota, quiere amar.

Qué sola estoy, qué fría es mi guarida,
qué largo el eco triste de mi pena:
A veces, pienso en darme por vencida
y hundirme en paz, dormida bajo arena.

Mas sigo sin un rostro que me nombre,
sin voz que abrace el llanto de mi canto.
Yo tengo un corazón y, aunque os asombre,
es hermoso, humano y no un camposanto.

REFLEXIONES DE UNA DRAG QUEEN

En un espejo brillante,
con lejano son festivo,
admiro el rostro galante,
hasta olvidar mi motivo.

Sentada ante mí reflejo,
veo el rostro en regocijo.
Algo de base, y lo dejo,
con maquillaje prolijo.

Satisfecha, guiño un ojo:
he perfilado mis cejas
con la finura que escojo
para que queden parejas.

Mira, y obsérvame, espejo:
pongo polvos, brillo y arte;
quiero me vean de lejos,
que mi rostro es estandarte.

Ahora me siento chispeante,
con mirada de vodevil;
seré diva deslumbrante
de simpatía juvenil.

Brocha en mano, soy artista;
dejo atrás mi piel ajada;
soy reina y payaso en pista,
con rubor y carcajada.

Alzo una ceja, irónico,
hago un gesto afeminado,
como un actor dramático,
aunque no haya terminado.

Pestaña postiza al vuelo.
¡Qué divina está esta dama!
Purpurina en mi desvelo,
labios rojos, fuego y drama.

El rímel sube, ¡qué duelo!
¿Ceja alzada? ¡Sí, querida!
Soy diosa, loca y revuelo,
de tragedia bien servida.

Recojo mi nuevo pelo;
el postizo me coloco

de color de un caramelo
y soy la mujer que evoco.

Media melena divina,
con las puntas onduladas
y un flequillo de cortina,
que tapa arrugas privadas.

¡Ya parezco una vecina!
De esas que, con vino y risa,
cuando la fiesta declina,
se destapan la camisa.

Peluca al viento, encendida.
¡Con qué magia me reviste
de una nueva y falsa vida
cuando el hombre ya no existe!

Soy reina de pandereta,
con un disfraz de estandarte.
Soy payaso de etiqueta
en cada trazo y su alarde.

Me calzo mis plataformas
y camino exagerado,
buscando guardar las formas
al desfilarse sobre estrado.

Plataformas de tres pisos
para parecer estrella.
Me sostienen los hechizos
por ser payaso y doncella.

¡Ay, mis pies de Cenicienta!
Tributo en nombre del glamur.
Con pasos que son afrenta,
ante ti me inmolo, cual tahúr.

Y en el brillo del tocado,
entre ser santa y medio error,
me confieso transformado,
soy mitad pluma, mitad flor.

Y al mirarme en el espejo,
cuando su luz parpadea
con sombras en mi reflejo,
sé que empieza mi odisea.

Me reviso de nuevo,
pues la música se apaga;
con mi disfraz me renuevo
y seré princesa y maga.

Si me caigo, los seduzco.
Soy la farsa más altiva.
Yo no lloro, ¡yo reluzco!
Soy comedia en carne viva.

¿Soy la mujer del consuelo
o el payaso que requieren?
En público, soy su anhelo:
ríen, gritan y divierten.

¡A reír!, que ya sube el telón.
¡Que la risa abra la puerta!

¡A fingir la perfección!
Si el alma tiembla, ¡no importa!

Pero, entre la sombra y rubor,
me pregunto: al fin, ¿quién soy yo?
¿Actriz en farsa sin pudor
o actor que juega a ser yoyó?

Cuando el *show* apaga el eco,
me retiro los colores
hasta quedar solo y seco,
sin ningún ramo de flores.

Ante el espejo estoy solo
con su silencio y luz fría,
sin aplauso ni piropo,
ni maquillaje de arpía.

Al quitarme la peluca,
soy un hombre que agoniza;
mi verdad vuelve y me educa;
ya no hay reina, ya no hay risa.

Me desmaquillo despacio,
mientras sepulto un suspiro
bajo el neón, sin prefacio,
que mata al sueño que aspiro.

Cada trazo que retiro
me desnuda con tormento.
Ya no hay reina, acabó el cuento;
estoy yo y mi desvarío.

Cojo un pañuelo de papel
para limpiarme los labios
y, de los ojos, su oropel,
con gestos lentos y lacios.

Mis pupilas se humedecen
sin el rímel y pestañas,
ahora soy el que aborrecen,
y se encogen mis entrañas.

Toco el cristal con el dedo;
dejo escapar un suspiro,
que resuena triste y quedo
al ver la imagen que aspiro.

Qué ironía, dulce espejo;
sólo tú conoces quién soy,
por eso, en tu cristal dejo
mi deseo cuando me voy.

Fuera esperan “los normales”.
Yo disimulo mi herida
y ante sus risas brutales
vuelvo a un rol a su medida.

Yo, hipócrita y bien peinado,
río sus risas triviales
y vuelvo al gris, disfrazado
con gestos ceremoniales.

He amado hombres en secreto,
sin permiso, como mujer;

con el alma en un aprieto
entre mi deber y el poder.

He amado hombres, lo confieso,
es algo más fuerte que yo;
he temblado en el proceso
y la sangre de mí huyó.

Pero el mundo no perdona
mi pecado, que es blasfemia,
y la culpa me corona
como un mártir de epidemia.

Ya se apaga el camerino.
Tengo que alzar la cabeza,
para seguir mi camino
y borrar esta tristeza.

Fingir un nuevo payaso,
aunque los ojos me lloren
con protocolo de ocaso
de una soledad que ignoren.

Cómo duele ser dos vidas:
ser pecado y ser reflejo,
siendo ambas malavenidas
en los ojos del espejo.

Mas me cubre la condena
con culpa que me envenena,
como flor tras la cadena.
Soy *drag*, soy farsa, soy pena.

Si supieran lo que escondo
tras el *show* y mi retiro,
me echarían en redondo.
Así que callo y respiro.

Y aunque el *show* me dé la vida,
me la cobra en la salida.
Porque en cada despedida,
muere un poco mi guarida.

De tanto huir, mi alma está herida.
Y aunque el arte me libera
y el alma deja rendida,
mi verdad siempre me espera.

Pero, mañana, lo juro,
aunque mi alma esté partida,
volveré al brillo más puro,
como *drag queen* de por vida.

DESVARÍOS DE UN ANCIANO

¿Quién soy en este carnaval de humo,
donde nuestros nombres se disuelven
danzando sobre llamas que envuelven
y lágrimas que aguardan su turno

para fundir su ensueño disperso
en la pupila del universo?

¿En qué me ha convertido este tiempo,
perdido entre brumas del recuerdo,
mostrando mi obtuso desacuerdo?
Llanto convulso en horas que cuento
aguardando esos tristes momentos
que resuelvan mis requerimientos.

Vago en una soledad perversa
de silencios que oprimen y apestan;
de olvidos caducos que regresan
y que en locas ideas dispersa,
para que olvide quién fui y quién soy,
convirtiendo el ayer en nuevo hoy.

Parcas de imágenes imponentes
discutían mi forma de morir
antes de que yo pudiera existir,
desde nubes que sangran dolientes,
en un cielo invertido por parir
tales engendros a los que servir.

Existo en un sueño que no es mío
y, sin embargo, en esta última hora,
camino sobre la cuerda floja
con imprudencia y gélido frío,
deseando que el abismo me vuelva
a hacer algo más real que me absuelva.

Viajo en sombras que aprenden silencios
y oigo cómo me roen sus carreras,
que giran y se topan sinceras,
mientras mi voz se pierde en dispendios,
buscando en su latir el reproche
que desvela mi sueño de noche.

Trazos de ensueños sin un destino,
perdidos en recodos de vida,
con una persistencia oprimida,
cual viejo eco vuelto peregrino,
con sentimiento de ser humano
si consigue renacer temprano.

Nacen los recuerdos en penumbra
y cuelgan de los cables de la hora,
cual tela de araña que se ignora.
Y el mundo sigue como acostumbra,
ofreciendo su desdén al dedo
que cierra mis ventanas con miedo.

Mudo, observo estrellas cuando rielan;
descubro cada herida con hambre,
que se convierte en suave calambre
cuando las viejas manos me tiemblan,
sintiendo que nada se perdona
sin usar la mente que razona.

Camino por mi senda quebrada
con pasos que conocen la muerte,
bajo una pálida luna inerte,
que en cada huella deja una mirada

que dice con gesto compungido
“debes ser quien fuiste en lo querido”.

Cierro mi puerta al eco de gritos
y la ventana al luminoso sol,
que entrará con traje de caracol,
envolviendo el mapa de mis ritos,
cuando aguardan que esa aurora artera
me haga peregrino en primavera.

LA NOVIA DEL OCASO

Una amiga, enemiga,
me corteja y vigila;
fiel guardiana, me obliga
mirar cómo desfila.

Radiante novia clara,
cubierta de ceniza,
que la vejez ampara
y ve con ojeriza.

Pues se cree muy bella
si la sombra perdura
o el tiempo incita a ella,
porque el alma apura.

Novia cadavérica,
que abraza con sus trenzas
y se nutre de ética,
hasta dejar sin fuerzas.

No me muestra su cara,
por si verla me asusta;
ni su cuerpo me encara
de osamenta vetusta.

Y al oído me susurra:
“Esto es lo que predigo:
aunque verme te aburra,
pronto estarás conmigo”.

Predicción que reclama
su corona de olvido,
y promesa que inflama
cualquier amante herido.

Sin ruegos que detengan,
su paso todo abarca;
los sueños se le entregan
y el alma vuelve parca.

Labios que hacen cautivo
en ansia de tormento;
roba al pulso el motivo
y arrulla con lamento.

La vejez ve celosa
el beso que no nombra;

cruel amante gozosa,
que envuelve y lo hace sombra.

Novia de luto exige
celebrar boda mortal
y mi vida dirige
con su violencia brutal.

Maridaje ofrecido
en estrechez de vida,
que la edad ha ofendido
sin burla pretendida.

Casorio con un mito
en altar de la vejez
y, celebrando el rito,
un diablo con su preñez.

Viste la muerte insana
de tul envejecido
que cada noche hermana
el día en el olvido.
Ofrece en flor marchita
beso de amor eterno
que a la vejez suscita
su abrazo lento y tierno.

Ni un latido resiste
su paso en el sendero
en sombra que subsiste
y al alma le da esmero.

Apergamina mi piel
de juventud perversa,
siempre como perro fiel,
en postura diversa.

La muerte, en tul desnuda,
suspira como el viento;
la vejez sigue muda,
rendida con su adviento.

Sus dedos, sombra ardiente,
recorren la memoria
borrando del doliente
su goce y final gloria.

Juntos, fuego y rocío,
en pacto muy profundo
y, en suspiro tardío,
la novia toma al mundo.

Gestación tan absurda
como esta inútil boda
entre una muerte burda
y otra más incómoda.

NOSTALGIA DE RECUERDOS

Aburrido, empiezo a evocar recuerdos,
rememorando mis tiempos de antaño;
mas se cuelan intrusos con enredos
ruines, que a mi mente filtran su engaño.

Se deslizan recuerdos por mi puerta,
con aires de tragicomedia y disfraz;
yo me río, pues su farsa está muerta,
no tiene telón para cerrar en paz.

Tornan a mi mente viejas memorias,
con un gesto espectral de solemnidad;
contándome sus grotescas historias,
que simulan ser reliquias de verdad.

Juramentos y promesas eternas
que, con rapidez, perdieron su ilusión.
Algunas tan sólo fueron fraternas
y otras me hacen reír sin ninguna razón.

Desfilan mis ilusiones gloriosas
como ejército invitado al banquete;
mas mueren como flores presuntuosas,
marchitadas en su propio falsete.

Soñaba con coronar altas cimas,
con ser un famoso poeta universal;

hoy cambio esas alturas y colinas
por siestas, medicinas y un hospital.

Qué pena da pensar lo que soñaba,
cumbres, victorias, fama y gran futuro;
ahora me basta el pastel que quedaba
y charla que me salve de lo oscuro.

Entre brumas tornarán mis recuerdos
con sus voces cargadas de ternura,
con consuelo para mis desacuerdos
o, tan sólo, arrullando la amargura.

Evocaré esos rostros que he perdido,
como una huella de espejos olvidados;
un beso, una caricia, un gesto herido,
que por mi edad hayan sido borrados.

Invocaré quimeras imposibles,
que alzaron en mi juventud sus alas
y hoy ríen en su ocaso, incorregibles,
saturadas de tantas horas malas.

Retornarán a mi mente los días
que el pasado en su equipaje se llevó,
con risas ocultas en melodías,
que el viento con su murmullo me dejó.

Volverán abrazos que se perdieron,
aquellos que laten en un viento fiel;
mas no volverá lo que prometieron
ni los futuros soñados en la piel.

Pero quedarán recuerdos amargos,
que quise borrar y, tercios, no se van;
son huéspedes sordos, viejos y aciagos,
que no pagan renta, aunque perdurarán.

Retornarán las ilusiones viejas,
con ropas juveniles, gastadas ya,
e ínfulas de humo, castillos y quejas,
que, aunque estén en ruinas, regresan de allá.

Mas queda una ilusión muy pequeña,
con destellos que alumbran mi esperanza;
no sana lo que la mente desdeña,
pero, al menos, destruye la añoranza.

Y habrá quien diga: “¡Es triste tu agonía!
Quisiste ser algo que jamás serás”.
Y yo respondo con fina ironía:
“Soñar es lujo que tú nunca verás”.

Así pasa mi vida, vil comedia;
se burla de mi edad y de mis planes;
y yo aplaudo, porque así no me asedia,
y sigo en esta función con afanes.

La vida me ha trasteado con jugadas
y no me permitió hacer un buen papel,
pero, a veces, derrotas revisadas
resultan hasta más dulces que la miel.

DELIRIO DE PESADILLA

Anoche, en pesadilla de anatema,
soñé que yo abandonaba este mundo
con tétricas figuras como tema,
venidas de un universo fecundo.

Sentí al abismo despertar invicto,
que el todo y la nada me envolvían,
y que me hundía tras su veredicto,
mientras mis cansados huesos crujían.

Era una pesadilla donde habita
la nada con su lengua disidente,
y yo le alcé una plegaria infinita
al eco de un silencio irreverente.

Al descender mi alma hacia la demencia,
revelación del vacío divino,
vi vastedad cósmica sin clemencia,
en equilibrio perfecto, sin tino.

Eterno peregrino del abismo
e inútil testigo del fin del cosmos,
desperté a la percepción de mí mismo
en horrible visión de lo que somos.

Descubrí la tragedia en mi interior,
el terror íntimo hacia lo universal
y el horror primordial de lo superior,
hasta un final de aniquilación total.

Escuché gemidos, que murmuraban
con visiones que se arrastran sin huella;
expectantes, sus ojos conjuraban
para decirme que nadie es estrella:

“Los astros caen, se pudren y, en su muerte,
brotan gusanos en nuestra memoria.
El vasto cosmos tiembla y se convierte
en cárcel ominosa y vana historia”.

En su mansión, entre polvo y locura,
las sombras rezan himnos sin testigos
y mi alma, al borde de otra noche oscura,
escuchó el paso alado de enemigos.

En la raíz de este soñar me aguardaba
la tiniebla que al mundo dio cordura;
su voz, que ni el eco mismo imitaba,
tenía un ciego tinte de locura.

Vi al piélago doblegar su angostura
en olas que hablan lenguas de agonía;
y un coro astral, en trágica impostura,
musitó que la muerte es armonía.

El mar surgió, sin forma ni latido,
cubriendo el mundo con lamento umbrío;
su espuma era el reflejo del olvido,
su sal, visión del universo frío.

La noche guardó llaves de otro reino
y, el viento, su evangelio de blasfemia,

susurrándome: “tú ya no eres sueño,
eres la ofensa que sangra la bohemia”.

Su forma era un vino negro que embriaga;
mi pulso latió en tumbas olvidadas;
y la luna, cual víscera que vaga,
se pudrió en las entrañas de la nada.

Caminé entre sepulcros y cipreses,
siguiendo el eco arcano de su nombre;
y la noche abrió su pupila en eses,
observando en mí el presagio de otro hombre.

Crucé un umbral de escudos y blasones;
la piel del mundo ardía en sus albores;
y oí el latir, bajo mis propios sonos,
del corazón de un dios entre temblores.

Erré por ruinas donde el sol no existe,
por tierras que rezuman sangre y muerte,
donde el horizonte, en su esplendor, viste
de un polvo arcaico, lúcido e inerte.

Del seno del vacío surgió un canto,
un himno que desgarró las estrellas;
y todo ser, rendido al negro manto,
adoró al dios que ríe entre centellas.

Vi titanes degollarse entre fuegos,
vomitando universos por hastío;
y, en su desdén, sus últimos ruegos,
con cenizas al borde del vacío.

El aire era un cristal que se agrietaba,
y el tiempo, un órgano de carne rota;
la eternidad, dormida, se agitaba
como una bestia en súplica remota.

La luna era un cadáver que latía;
su luz olía a hueso y sacrilegio,
como luciérnaga muerta en la vía,
profeta de viento sin privilegio.

Allí la luna marca los destinos
con llantos que estremecen cual borrasca;
las ánimas ululan entre pinos
y el aire sabe a muerte y a hojarasca.

Bajé, cruzando abismos de alabastro,
a un templo que latía en su agonía;
allí aprendí que el alma no es un astro,
sino la llaga de una melodía.

Y allí dijo el viento: “No tienes casa,
ni vida, ni destino, ni plegaria;
sólo eres la sombra que, cuando pasa,
permanece triunfante y solitaria”.

Entonces vi al Eterno, que dormía
bajo montañas hechas de conciencia;
su sueño era la fuente de mi día,
su despertar, mi propia inexistencia.

El cosmos se rio. Como en un delirio,
sus soles se apagaron en un llanto

y el eterno Dios, en sangriento cirio,
selló su nombre en fuego y desencanto.

Un rostro sin piedad, sin fin, sin era,
con una mirada que funde estrellas
y aliento con fiebre de una quimera,
donde florecen muertes y querellas.

Caí, y mi sombra fue mi única guía;
mi carne un humo que se deshacía;
y el universo, en su melancolía,
cantó mi fin, como hace la sequía.

El caos habló: “Yo soy tu gen inicial,
tu vértigo, tu impulso y tu condena;
porque siempre seré el salmo sepulcral
de paz y fe que al cosmos encadena”.

Y comprendí que no hay un dios mundano,
ni infierno, ni oración que nos redima;
sólo el abismo, pálido y arcano,
que, si sueña, devora a quien oprima.

Descendí por peldaños de ceniza,
por galerías donde el tiempo muere;
y oí gemir la virtud, que se eriza
cuando un ocaso olvidado la hiere.

Entonces vi una puerta que oscilaba,
de blasfemia hecha, de carne y de llanto;
la abrí; detrás, la sombra me llamaba
y su eco cantaba mi desencanto.

En torno a mí danzaban los emblemas
de razas que dormían en la arcilla;
sus rezos eran pútridas diademas,
sus ojos, dos abismos sin semilla.

Pregunté al aire: “¿Quién me ha condenado?”
Y el viento respondió: “Tú mismo, loco.
Tu sed de eternidad te ha devorado,
tendrás que apurar del olvido un poco”.

Allí moraba el dios de los gusanos,
el que soñó los mundos con su fiebre,
alzó su faz con ojos inhumanos,
y su aliento de hielo y miserere.

Invocé al ser sin nombre, el ser eterno,
y, al salir de su sueño, en un alarde,
extinguió todo fuego, enfrió el infierno
y, al tiempo, lo dobló con un alarde.

Y desperté al dios que duerme en los vientos,
el que soñó los sueños de los hombres;
en su mirar, se quiebran los cimientos
de todos lo que tienen voz o nombres.

Su voz sonó: “Yo soy lo que persiste,
que quiebra los cielos y tu conciencia.
En mi soñar germinó cuanto existe,
y ahora rompes mi paz con tu demencia”.

Caí de rodillas, roto en mi delirio,
y vi girar estrellas como espadas;

el cosmos, como la llama de un cirio,
temblaba en notas negras y cerradas.

Mi voz ya no era voz: “soy la tormenta,
la ruina que se canta y que no cesa,
y, mientras todo cae y se lamenta,
mi alma le reza al dios que nos procesa”.

Ya no hay arriba, abajo, ni frontera;
mi carne es niebla y mi memoria es humo;
mi alma navega en vasta calavera
y en mares de silencio que yo asumo.

Vi, en el agua, un rostro que no era mío;
su mirar venía desde el abismo;
sus labios susurraron “ya estás frío,
tu carne es sueño y yo, tu cataclismo”.

Es rostro sin pupilas ni ternura,
que en mis espejos siempre se adelanta;
su beso es como una ceniza oscura;
su amor, la eternidad que me quebranta.

Cantó la casa un canto de serpientes;
ardieron cruces hechas de caliza;
y, al fin, supe, entre delirios silentes,
que Dios también despierta y agoniza.

Así concluye el rito: el fin respira.
La luz se quema, el cosmos se suicida.
Y queda sólo el soplo que conspira,
la risa del abismo ya encendida.

Que todo acabe. Que la luz se extinga.
Que el sueño de la carne se disuelva.
y que, al fin, el mismo abismo restrinja
al que soñó la llama y la resuelva.

Aquí termina el canto: todo muere.
El tiempo implora y el cosmos disputa.
La nada ríe y en su faz se adhiere
la eternidad, hermosa y absoluta.

ANATOMÍA DEL MIEDO

El miedo, con perverso pensamiento,
se mueve por tenebrosos rincones
y crece abundante, como el sarmiento,
para incrementar dolor y pasiones.

Le da al corazón un latir incierto,
con una sensación de espera ansiosa
que a la mente llena de desconcierto
y al alma de frustración angustiosa.

Galopa, vencedor, por mi cerebro,
levantando pavores que laceran
y sombras espectrales que en mí engendro,
pues, dentro, los temores se acrecientan.

Surge sigiloso, cual premonitor,
y nos inunda con su eco malvado;
descarrilado y temido conductor,
atormentando cruel y desalmado.

Aparece en los sustos y momentos
en que el alma pierde el pulso y suspiro,
que el aliento se entrecorta en lamentos,
porque la angustia no nos da respiro.

Aviva el pulso y la mente deshace
con algún ficticio terror maltrecho.
En confusión, un sudor frío nace
y el pánico paraliza mi pecho.

Os hago esta mi confesión íntima,
donde mi miedo se hace ineludible,
repleto de una aprensión legítima
en las entrañas de forma tangible.

Me daña y duele sentirlo en el cuerpo;
me duele porque pudre el pensamiento,
que se estremece atrapado en un cepo
al dejar mi respirar sin aliento.

Desconozco si el aire se hizo espeso
o el latir del corazón cambió el paso;
lo oigo palpar, cerca del exceso,
temiendo escuchar mi nombre, y fracaso.

En cada instante, siento algo que espira,
algo dentro, adosado a mi costado;

y, traicionero, desde allí conspira
para humillar y dejar desolado.

Y tiemblo, como si sintiera frío
o me acosara un ansia sin frontera,
cual lóbrega presencia en mi albedrío,
que me acompaña el alma y la lacera.

Corretean por mis venas, royendo
como ratones en una buhardilla
los pensamientos que me van naciendo,
y los oprimen con lenta rapiña.

Arañas que tejen su telaraña
para cazar mi mente como presa
en parálisis que a nadie engaña,
y rostro con la cobardía impresa.

En oscuros rincones de mi mente,
me descubro un temor desconocido,
que destruye mi sosiego, inclemente,
para dejarme solo, incomprendido.

Mi mente se hace noche lenta y fría,
sin ideas, voz, luz o melodía,
permanente párpado que me espía
con su temblor, que alarga esta agonía.

Un espasmo aparece en mis entrañas;
es algo antiguo, oculto y arbitrario;
no viene de ratones ni de arañas,
sino del alma, abismo involuntario.

Mis manos, con ansiedad, se retuercen;
el cuerpo tiembla, mas el pulso fluye;
las siniestras ideas aparecen
y el pavor grita, me habla y no concluye.

He notado mi interior deshacerse,
escuchar mi voz, rota, sin enojos;
diciendo que es el turno de perderse
y que el miedo se marche sin rastros.

Siendo manipulador e ignorante,
me aprieta el alma lento, con cuidado,
al ser una eternidad denigrante
que me devora y deja desolado.

Late con mi pulso al ritmo de otro ser,
lucha en mi corazón y lo devora;
en mi interior me obliga a desfallecer;
soy su víctima y también quien lo implora.

Me roe, silencioso, sin provecho;
me susurra temores que no entiendo;
sus dedos, fríos, buscan mi despecho;
y su gozo está en que no me defiende.

Oculto en los recodos de la mente,
convierte al reloj en un inquisidor
cuando el silencio ríe, indiferente,
y huye el alma del amor hacia el horror.

Ya no tengo ni pulso ni sentido,
ni siquiera escucho lo que está afuera;

mi mente, cerrada, sangra sin ruido;
por dentro reza, duda y desespera.

A veces soy un grito que no suena,
aunque tiemble el aire ante su presencia;
su sombra se retuerce y me envenena
y, oculta en mi alma, observa mi conciencia.

El miedo es como espejo que respira
un eco antiguo, insano, de locura,
que desde nuestra infancia nos vigila;
el rostro de la angustia y la tortura.

Hay miedos que se alimentan con sueños
y otros que son reflejo de un deseo,
que tiemblan por amor, aunque pequeños,
para alzarse en el nombre del “no creo”.

El miedo aprisiona el alma en neblina
y oscura sensación de fe y de llanto;
herida abierta, profunda y ladina,
que duele, reza y duda sin encanto.

Lo observo y soy su presa y su reflejo,
muñeca rota que quiere desertar,
mas sabe que su mirada es mi espejo
y tiene algo que me invita a despertar.

He oído al miedo hablar en mi lenguaje;
decirme “vive” mientras me asesina;
absorber mi alma; borrar mi mensaje;
y tratarme como un dios que lastima.

Porque este miedo que en todos se hospeda
es la forma sincera de tener fe;
profunda sensación que nos enreda
y rompe el corazón que todo lo ve.

Entiende bien que, si algo te estremece,
no está en este poema, ni en mi confesión:
es tu recelo, que en la sombra crece
al confundirlo con tu propia obsesión.

Y tú que lees, ¡sí, tú!, si en tu garganta
algo se remueve, denso y sin razón,
no apartes la lectura que te espanta:
he sido yo o tu propia respiración.

Y, si al cerrar los ojos lo percibes,
no temas, pues no está dentro ni fuera;
es que, al leer, en tus labios lo revives
y el miedo respira en tu madriguera.

PASAR PÁGINA

El tiempo, cual cuentas de un collar
que cuando rompe se dispersan,
se pierde sin poderlo arreglar,
porque algunas no se encontrarán.

Así son la edad y los recuerdos,
como cuentas de un collar roto
en la mente y sus recovecos,
igual que en un mundo remoto.

Hubo un tiempo en que me dolía,
que no deseaba mirar atrás,
y dentro del alma escondía
las sombras que dejaba detrás.

Un tiempo en que deseaba olvidar
recuerdos que pesan en vida,
glorias y penas de un caminar,
nostalgias que duran un día.

Recordar lo que se fue,
rememorando cada día
como un eco triste del por qué
aquí prosigo todavía.

Guardé cartas, promesas rotas,
sus miradas, sombras y nombres,
ecos de un ayer en sus notas,
falsa memoria de los hombres.

Intenté remendar el viento
y aprendí, en los días y noches,
que nada florece en lamento
y el olvido muere en reproches.

Pasar página no fue fácil.
Arranqué las raíces de mi alma,

olvidé hasta mi memoria ágil
y perdí certezas en calma.

Pasar página es una herida
que jamás se cierra al respirar,
es abrirle paso a la vida
sin temer a nuestro caminar.

Existen páginas que pesan
como hojas mojadas del ayer;
pensamientos que te atraviesan;
recuerdos que se niegan a caer.

Hay finales que te liberan,
otros duelen sin una razón,
mas son pérdidas que lideran
la vida hacia nueva dirección.

Y aunque en ocasiones mantiene
silencio opresivo de un adiós,
una esperanza me sostiene
y arrulla con el canto de un dios.

Pero llega un día en que el alma,
cansada de sufrir mi invierno,
abre una ventana de calma
y deja entrar un viento externo.

Porque el tiempo nunca regresa,
pero nos enseña a comprender
que en este florecer que apresa
duerme un ayer que debe absolver.

Se desprenden nombres que fueron,
las promesas sin raíz o cumplir,
los “para siempre” que marcharon
sin decir adiós ni resistir.

Pasar página no es olvidar,
es entender que el libro sigue,
que cada final abre un andar
donde la escritura prosigue.

Hay despedidas que son duende,
que se respiran en sosiego
cuando tu corazón entiende
que no todo merece apego.

Y, sin embargo, yo sigo en pie,
porque sale el sol y aún se atreve
a pintar de oro cada traspié
y regresar después que llueve.

Sigo viviendo, sin condenas,
sin los recuerdos que rechazar,
pues las páginas de mis penas
me han enseñado cómo volar.

El futuro sólo transforma;
torna cicatrices en mapa
que las lágrimas no conforma,
y esperanza que nos atrapa.

Así sigo, alegre y completo;
sin negar todo lo que dolió,

pero conociendo, en secreto,
que la vida todo lo abolió.

Y aunque el corazón tiemble un poco
al soltar lo que fue su abrigo,
sabe que el futuro que invoco
me llegará como un amigo.

Porque sobrevivir es eso:
olvidar, sanar y proseguir,
hacer del pasado un proceso
y, del mañana, otro porvenir.

CENIZAS AL VIENTO

La gente que teme morir cada día
crea dioses de oro con falsos remedos
y olvida su origen y breve armonía
entre tantas guerras, los templos y miedos.

PASADO

Muerte e incineración:

Yo fui cuerpo y latido entre los mortales;
soñé en la luz, temí la oscuridad muda;
y, al morir, el fuego quemó mis ideales
e incineró mi permanencia desnuda.

Tuve un nombre, cuerpo, anhelos y una vida;
hasta que la llama con su ardor me hizo humo.
El fuego devoró mi carne encendida,
y en su ardor comprendí lo fugaz del mundo.

Crujió la madera, mi cuerpo se quemó,
y en el ataúd mi ser fue olvidado.
Lloraron los míos; su llanto se mezcló
con silbidos de gas y fuego sagrado.

Crepitaron mi piel, mis huesos y males;
ardí en su abrazo con fiereza cruda;
sentí el morir de mis sueños terrenales
en aquella llama que devora y muda.

Chilló mi envoltura, dolió mi partida
y, entonces, supe que la carne es temporal,
un soplo, un instante, lo que el tiempo olvida,
y que todo regresa al polvo corporal.

PASADO y PRESENTE

Conversión en cenizas:

Fui amor y suspiro, duda y deseo;
fui voz que en la noche buscaba consuelo;
hoy, ya sin nombre, soy cuerpo sin trasteo
sobre leve brisa lanzado al vuelo.

En humo me alzaron en danza callada,
con afligidos llantos de sentimiento.
Mi polvo se quiebra sobre la alborada;
soy nube, soy pluma, soy nada y soy viento.

Ya no soy carne, ni llaga, ni deseo.
¡Ay, crueldad horrible, vértigo de cielo,
eterna búsqueda, soplo errante de ateo!
Soy el eco de un ser que emprende su vuelo.

Otrora, mi corazón realizó proezas;
tuve ternura, deseo y fe perdida,
que el fuego consumió en ardientes promesas;
y en ese abrazo comenzó mi partida.

Después, el silencio. En urna me guardaron;
fui ceniza de la memoria vertida;
y, un día sin sol, sus manos me arrojaron
contra el viento, que heredó mi nueva vida.

Todo mi ser se hizo ceniza nocturna;
mi alma se convulsionó con mil temblores;
y los míos, llorando, me abrieron la urna:
“Vuela —dijeron—. Vuela y nunca retournes”.

Salí en libertad como polvo dormido,
como un secreto que no pesa, más duele.
Ese día, temblando, escapé del nido
en la brisa que me arrastró como suele.

Entonces, el viento me tomó en su palma;
vi la tierra alejarse, el río, la fuente;
el aire me alzó como si fuera un alma;
y sentí que en la nada yo era consciente.

PRESENTE

Cenizas al viento:

¡Qué vértigo de azul con mi vuelo errante!
Me esparce el aire, libre y sin un camino.
Yo ya no existo, soy brisa delirante,
cenizas que regresan a su destino.

Vago por el mundo y, en cada latido,
no existe nada entre el yo y el universo.
Me encuentro en la flor, en el sol renacido;
soy un soplo eterno, sin tiempo ni verso.

Y, al seguir mi viaje, siento que me inflamo,
porque soy polvo, la memoria, y sonido.
La voz del mar, del viento, que yo reclamo
y que son parte de principio y sentido.

Me elevo en las nubes, me vuelvo rocío
y, en cada latido, del mundo me siento,
caído en la montaña, respirando el frío;
ceniza, conciencia, silencio y aliento.

Vuelo sobre el río y beso su corriente,
me beben peces con giros de cristales
y escucho al agua, con voz adolescente,
decir: “Nada muere, somos inmortales”.

Cruzo lagos y abrazo el reflejo del sol,
las algas me tocan, las aguas me cuentan.
Lluevo sobre las flores y escucho su voz:
“Lo que vuelve a ser tierra, nada lamenta”.

Desciendo en los mares, me lleva la espuma,
recojo en el agua los rostros del mundo,

me absorben las rocas, me arrulla la bruma;
la vida gira y se quiebra en lo profundo.

Sobrevuelo prados, vastos y dorados,
que recogen mi temblor en las espigas;
y descubro, entre los vientos fatigados,
la voz del hombre muerta en frases perdidas.

Paso sobre campos donde el trigo reza,
caigo en los surcos y bebo su reflejo;
vuelo sobre montes de vieja pureza
y veo al cielo contemplarse en su espejo.

Subo colinas donde el viento molesta;
sobre templos que nombran a un dios distraído.
Pregunto al trueno si el cielo le contesta,
pero este se apaga y Dios sigue escondido.

¡Cruel especie que en reflejo se condena;
que teme al final y olvida su semilla;
que, en busca de un Dios, rompe con su cadena
y mata al sol que alumbra su pesadilla!

¡Vil ser que teme morir sin un sentido,
que busca al Dios de los cielos en su pecho!
¿No sabes que habita, callado, escondido,
ni arriba ni fuera, sino en lo que has hecho?

Lloro al contemplar ciudades sin ayuno,
personas que corren sin saber adónde,
viendo disolverse sus días en humo
y los sueños en el aire que me esconde.

Y lloro. ¡Sí!, porque veo al ser humano,
su sed de infinito cubierta de llanto,
sembrando cenizas sin abrir la mano;
y lloro por su egoísmo, guerras y espanto.

PRESENTE

Al viento le pregunto:

¿Hay premio o culpa, existe trono o perdición?
Tal vez sólo sea un ciclo, la marea,
la breve forma, muy burda, de la creación
o el mismo pulso que en la llama se crea.

¿Hay premio o castigo? Tal vez sólo es cuerda;
quizá no hay infierno, ni el cielo esperado;
un ciclo que gira, un fuego que se queda;
sólo el Todo recreándose con lo creado.

¿Era esto el premio? ¿Era nuestro castigo?
Escucho al universo que me quiere hablar.
Soy polvo sin patria, viajero testigo,
que existe en cada rama que tiembla al pasar.

¿De qué sirve el premio si el alma no es libre?
“Te muestra que el Todo y la Nada se anudan”.
¿De qué sirve el cielo si nadie lo vive?
“La muerte no juzga, tan sólo desnuda”.

PRESENTE

Sentencia a mi reflexión:

No hay ni cielo arriba ni infierno debajo:
el Todo vibra, es eterno y simultáneo;

es un cambio de latido, no un atajo;
la muerte sólo es un pliegue momentáneo.

Y, en esa verdad que ni mata ni hiere,
noto que el morir no es fin, sólo es espera.
Ya no soy la ceniza que el viento infiere,
soy parte del aire, del mar y la esfera.

Tal vez no hay muerte. Tal vez sólo hay tránsito;
un regreso al todo del que vine un día;
un círculo de fuego, de aire y de llanto
cuando aún no sabía que existir dolía.

Si en mi volar con la sombra te intimidado,
te diré en cada brisa que te reanima:
“No temas, soy tu reflejo redimido.
Vive, ama. Todo existe. Nada termina”.

“El polvo regresa, la voz no te absuelve,
no hay fin en la muerte, el Ser sólo existe.
La flor que me acoge también se disuelve,
mas siento en su aroma la fe que persiste”.

“Ahora soy ceniza volando sin dueño;
soy parte del todo; me vuelvo sentido
cruzando mares, buscando con empeño
ser brisa, ser tierra y estar renacido”.

“Así vago, libre, sin pena ni dueño,
y veo rostros que miran hacia arriba.
Soy polvo del cosmos, ilusión del sueño
que susurra: ‘Revive. Nada termina’”.

ARPEGIOS DEL ARPA

Altiva, observa, dorada y callada,
soñando con dulce arpegio musical.
Las cuerdas guardan su voz delicada
que parece arroyo de canto inmortal.

Se inclina un cuerpo al instrumento amado,
sus manos tiemblan, lo acarician leves,
y un río de cristal, puro y callado,
brotó de sus cuerdas en dulces preces.

La mano que tiembla las cuida y roza,
las acaricia y las empieza a mecer;
se inclina la artista, cual blanca rosa,
y la melodía empieza a florecer.

El arpa suena en mística doliente,
y en cada nota surge clara llama,
que dulcemente arrulla al alma ausente
con celestial paraíso que derrama.

El aire vibra en eco enamorado;
arpegios con caricias que se encienden;
susurros en un templo iluminado,
que a los corazones rendidos prenden.

La música marca sonoridades
con notas de rocío que desvela
y el alma, prisionera de esos jades,
loca, llora y ríe en su duermevela

Sus cuerdas despiertan ecos de brío.
Con brillo de plata resuena su voz,
que hace al alma temblar en el rocío
con sangre vertida, segada por hoz.

Sus notas, suspiros de penitente,
son nube de algodón que al alma llama;
y el eco de su voz resplandeciente
se siente en lo que en sus cuerdas proclama.

Sus notas son rocío que desvela:
no es música, es una luz hecha trino,
que en alas de ángeles al aire vuela,
tejida de eterno canto divino.

Dulce es el arpeggio que suave esparce
al aire, perfuma con néctar sutil
y al alma, rota y sensible, resarce
cual barca que danza sobre agua hostil.

Y la gente, al escucharla, es navío
que en mar de lo infinito se consuela,
fundida con lo sagrado y sombrío,
que, con la nota final, se revela.

Música tierna, suspiro del cielo;
sus notas se enredan en ondas de luz;
besan el aire con místico velo,
y en cada silencio aparece una cruz.

Del cielo baja un ángel que consuela;
las sombras con su canto se desprenden

y todo en luz y en música se vela,
si en el arpa las notas se desprenden.

ECOS DE LA HEROICA Y LA QUINTA DE BEETHOVEN

Instrumentos de viento: 2 flautas, 2 oboes, 2 clarinetes, 2 fagotes, 2 trompas y 2 trompetas. Instrumentos de cuerda: violines I y II, violas, violonchelos y contrabajos. Instrumentos de percusión: 2 timbales y platillos. Y una coral.

I. Allegro con brío (Heroica, primer movimiento)

Retumba el suelo, los timbales baten
despertando cual fuego en marcha ardiente;
se alza el clarín con mazos que combaten;
y la trompa suena con voz creciente.

Se alza un titán en marcha desbordada;
con anhelo de una aurora sembrada,
en esplendor de cenefa bordada,
que el héroe teje en llama consagrada.

En mi bemol resuena un bronce ardiente,
abre la marcha, vibra el horizonte,
se alza un Atlas de pie, noble y consciente,
rompiendo el velo gris de un viejo monte.

Los bronce hieren con ardor supremo;
resuenan en gloriosa lucha que arde,
y el aire, temblando como un blasfemo,
llama al héroe en esta musical tarde.

El aire vibra en llama desbordada;
su espíritu derrite lo sellado,
alza su voz con fuerza desatada,
que el horizonte escucha muy callado.

Las trompas claman gloria en voz gigante,
las flautas siembran lumbre en la llanura,
y un eco heroico, grave y desbordante,
convierte el aire en llama con altura.

Los violines desgarran la esperanza,
los contrabajos respiran un clamor,
llenando el ambiente de una confianza
que el bronce acomete en trémulo vigor.

Con sonos ardientes llena el espacio
del héroe en el concierto iluminado
que, al despertar dentro de un palacio
en gloria, canta el triunfo conquistado.

Allí, la Heroica erige su bandera;
con lucha y con dolor forja su historia.
Cada compás la sangre reverbera
cuando el héroe conquista su victoria.

II. Marcha fúnebre (Heroica, segundo movimiento)

Los oboes lloran sobre la tierra
su doliente clamor que desazona.
Los fagotes luchan en grave guerra,
cual manto que oscurece la corona.

Las cuerdas, resonando inexorables,
pintan sombras en lento movimiento
de fúnebres guerreros inmutables
y resurge eterno su monumento.

La sombra se expande como la aurora;
un canto grave fluye en la penumbra
como faro luminoso que aflora,
y el mundo entero al héroe se acostumbra.

Un funeral que hiere los sentidos,
con paso lento, bálsamo y tormento
convierte en inmortales doloridos
a quienes lo escuchen algún momento.

III. Scherzo (Heroica, tercer movimiento)

Flautines y violines temblorosos
rebotan en el aire como estrellas,
en ráfaga de sonidos airoso,
que encumbran danzas súbitas y bellas.

Y nos hablan de la muerte rendida,
de la vida con brotes de esperanza.
Todo en el aire late nueva vida
en una música que da confianza.

Las trompas gritan rítmico lenguaje
con un eco que agiganta el arsenal.
Los coros claman un libre homenaje,
que estalla en una viva marcha triunfal.

IV. Finale (Heroica, cuarto movimiento)

Resuena un himno que erige el destino,
variado en su luz, en risa, en tempestad;
que señala el triunfo del desatino
y que el hombre toque al fin la eternidad.

Los bronces y violines dan los nombres;
los vientos se entrelazan en victoria
y, en jubilosa memoria de hombres,
se eleva el canto eterno hacia la gloria.

Mas surge en golpe fiero a la tiniebla
la Quinta, con su sombra de espesura,
y a su pulso el mundo se repuebla
de un ritmo inquebrantable de obertura.

Retumba el aire entero en voz de acero;
sinfonía de júbilo salvaje;
luz que atraviesa el tiempo verdadero
cuando la música paga su peaje.

Templo forjado con dolor y lucha;
de su oscuridad nace radiante ardor,
que ensordece y agita a quien lo escucha,
y el hombre asciende al sol en su fulgor.

Mas luego, en do menor, hondo y sombrío,
la Quinta irrumpe, férrea, inexorable,
golpea el destino con puño frío.
Su ritmo es filo acerbo, inquebrantable.

Con su sonora sombra nos precede,
mas del abismo surge luz divina;
la noche tiembla, gime, retrocede,
y un coro triunfa en densa disciplina.

LA QUINTA SINFONÍA

I. Allegro con brío (Quinta, primer movimiento)

Volcán musical que brota en la noche,
que encapsula en los primeros compases
su tormentosa erupción, como broche
de compases sinfónicos voraces.

Su poderosa tempestad musical
desata pasiones y ardor bélico;
nos hunde en un profundo pozo abisal
y eleva hasta un paraíso seráfico.

Nos presenta aferrados a la tierra
con idea de alcanzar las estrellas;
atormentados por lo que esto encierra,
cuando el destino sigue nuestras huellas.

¡Ta-ta-ta-TÁ! Sus notas iniciales
llaman a nuestra puerta en la oscuridad,
escondidas entre normas sociales
en este paraíso de inseguridad.

¡Ta-ta-ta-TÁ! Así se abate la ciudad;
golpea el hierro, surge el hondo miedo
con su sombrío enredo de libertad,
con ritmo que late rezando un credo.

¡Ta-ta-ta-TÁ! Cuatro golpes de hierro,
con timbales que rugen y subyugan
los chelos y vientos claman a entierro,
y todo tiembla en sombras que conjugan.

Fuego interno surge del seno invernal;
responde a cada golpe inexorable
con los ecos de un retumbar infernal
que al hombre alza su fe, jamás culpable.

Las cuerdas van camino del destino,
vibran con sordidez, mas surge el fuego;
las trompas muestran poder asesino
y el fragor lucha sin pausa ni ruego.

II. Andante con moto (Quinta, segundo movimiento)

Clarines y chelos, suaves como aves,
susurran paz en ríos de ternura
que anidan en partituras y claves,
con calma que brota de la hermosura.

Un río de esperanza en calma pura
fluye sereno, cual dulce bálsamo
que riega el terreno con su ternura
y el pecho entrega al reposo del amo.

III. Scherzo (Quinta, tercer movimiento)

Regresa con misterio en cada impulso,
con paso audaz acecha en lo profundo;
eco vagabundo que toma el pulso
y quema en llama el miedo moribundo.

Contrabajos que suenan sin aprieto,
fagot que resuena como badajo
avanzan como sombras en secreto;
y el miedo late en rítmico espantajo.

Mas surge un brillo con fugaz resquicio:
las trompas abren paso a lo esperado,
pulso renovado de buen auspicio
que anuncia ese final tan anhelado.

IV. Allegro (Quinta, cuarto movimiento)

La luz estalla con loca humanidad;
retumba un sol radiante en nueva gloria;
y el triunfo nos demuestra su brevedad,
pues el caos hace eterna la victoria.

Violines alzan alas luminosas;
suena triunfal el coro del conjunto,
y trompas con sus notas clamorosas
derrotan la penumbra del asunto.

Los metales proclaman la victoria.
Los timbales, con sonos que enajenan,
elevan al sol su júbilo y gloria,
que al mundo lo subyugan y encadenan.

De tanto caos nace un canto redentor,
del hierro surge un río de esperanza,
la orquesta ruge con himno vencedor,
y el mundo entero, en júbilo, se lanza.

Beethoven, eres un músico eterno;
tu música es un templo en la tempestad,
donde el espíritu rompe su invierno
y asciende hasta el cielo en pura libertad.

EL RELOJ DE PIE

Erguido en medio del salón, habita
el señor del tiempo en férrea majestad;
su voz de bronce en el aire repica
con su péndulo que oscila en claridad.

Lo preside solemne, con gran talle;
su engranaje y contrapesos son dorados,
dando con su carrillón cada valle
de horas y cuartos firme y confiado.

Tutela los actos en el comedor.
Inmutable, eterno al paso del tiempo,
ve a los críos jugar a su alrededor
con sus gritos y risas a destiempo.

Contempla a la familia su envejecer,
aunque el tiempo parezca largo o corto,
siempre firme, inmóvil, sin desmerecer,
como vigilante guardián absorto.

Es testigo mudo de quien conversa,
de llanto y risa, de canto y confesión;
solo en la noche, con celo vigila
las sombras en el silencio del salón.

Nocturno centinela siempre avizor,
presto a dar la alarma con su carrillón,
se comporta como un escudriñador,
pero se queda quieto como un mirón.

Cuando le suben sus dos contrapesos
y desplazan su oscilante péndulo,
se despiertan sus soñolientos huesos
y el rodar del tiempo destruye el duelo.

Tic-tac, tic-tac, así el tiempo transcurre
en su lento y cadencioso caminar;
inexorable en cada hora discurre
y truenas con sonería sin granar.

Sus lentas agujas son alargadas,
igual que el tiempo, dulce o doloroso;
a veces breve, como luz que acaba,
a veces hondo, grave, empalagoso.

El mecanismo de su sonería
libera voz musical en carrillón

sobre el tictac de su relojería
como aldabonazos en su corazón.

Despertando ecos en lenta dignidad,
da horas y cuartos en son que palpita;
sus manecillas nos muestran la verdad
de un curso eterno que jamás se evita.

Su tic y tac, en calma resonando,
llena con su pulsación la penumbra;
igual que el corazón late marcando
la vida que en su pecho se deslumbra.

La llave en la esfera lo enciende
con un suspiro al darle nueva vida;
y al alzar sus contrapesos, le late
su corazón de bronce en voz erguida.

Alguien con llave ajusta su jornada
al darle cuerda que alienta su canción;
renace el brío en rueda concertada,
y muy pronto sonará su carrillón.

Mas cuando al fin lo arrumban, sin razón,
queda en silencio, sombra abandonada,
testigo ciego y mudo en triste armazón,
añorando su presencia borrada.

Las bisagras de su puerta están quietas,
se oxidan en quietud y desespero,
nadie mueve su péndulo ni pesas
y su carrillón se muere en trastero.

Ha llegado a su tiempo de abandono;
ya nadie le da cuerda o presta atención;
sin voz, reposa con polvo y decoro
y un olvido gris cubre su corazón.

Ya no preside aquel salón señorial;
ya nadie sube sus contrapesos,
ni se escucha su grave son musical;
sus ruedas y volantes están presos.

Sólo algunos ratones corretean
con los insectos que pueblan su interior
y algunas telarañas coquetea
con su débil presa en último estertor.

Gime y llora en su cárcel polvorienta,
añorando el día en que pueda volver
con péndulo que oscila y complementa
y carrillón que despierte su poder.

EL BARQUITO DE PAPEL

Un niño pliega con cuidado
su barquito de papel,
y le construye, emocionado,
la vela, el casco y la piel.

Con dedos torpes, feliz, canta
con su tonillo infantil
canción cantada por infanta
bajo la luz de un candil.

“Con un papelito doblado
mi barquito yo formé,
tiene su borde reforzado
¡qué bello quedó y se ve!

Lo coloco sobre el reguero,
corre, corre sin parar,
esquivando cada agujero,
¡qué pirata tan audaz!”.

El niño corretea y salta
entre una chiquillada
que sobre charquitos resalta
por transportar su armada.

Lo lanza al agua del reguero
que figura ser el mar;
feliz, va corriendo el primero
jaleando su navegar.

El barquito saltarán gira
sobre charcos de cristal,
y el chiquillo grita y suspira:
“¡Navega libre, en mistral!”.

Y, contento, sigue su canción,
y alegre lo endereza

para que siga la corriente
y muestre su belleza.

“Yo lo persigo a carcajadas;
grito fuerte ‘¡capitán!’.
Él va bailando por calzadas
como travieso titán”.

Mas en el borde de la acera,
la alcantarilla es un dios
que se traga lo que hay fuera
y el barquito dice adiós.

El niño, sollozando triste,
tararea entre dientes
y enarbola su rabia en ristre
con llantos obedientes.

“Pero una horrible boca maga,
negra y oscura, se abrió;
la alcantarilla se lo traga,
y mi risa se apagó”.

El barquito navega solo
por las cloacas del terror;
es como roto chirimbolo
destruido por un error.

Entre ratas y cucarachas,
basuras y mucho hedor,
esquiva manchadas hilachas
flotando a su alrededor.

Una cucaracha flaquita
se sube para mandar:
“¡Soy tu pasajera chiquita,
y esta nave voy a guiar!”.

También un audaz ciempiés trepa
y al timón quiere mandar,
soñando con que al mundo increpa
si no tiene que nadar.

Mas pronto el papel se deshace,
porque el barquito se hunde
y con silencio se derrumba,
en partida sin canción.

Ahora, su papel, ya deshecho,
se hunde en sombras sin piedad,
el ciempiés huye en un repecho
y el pasaje en oquedad.

Un barquito que no perdura
será un desperdicio más,
quedando en nada su aventura,
en episodio fugaz.

Y, arriba, el niño, cabizbajo,
asimila la lección:
que todo viaje por atajo
es frágil, breve emoción.

Que la vida pasa con prisas;
que hay momentos en que es cruel;

y comprende que algunas cosas
no vuelven... como el papel.

El barquito es como su niñez:
navega protegida
hasta que alcance su madurez
y el viaje de la vida.

EL TRAPECISTA TULLIDO

Tullido, cual moderno Quasimodo,
el saltimbanqui viste de payaso,
con un solo zapatón incómodo,
pues hace tiempo que perdió el paso.

Sale a la pista con muleta y bombín.
Cojea fino, cual cisne tullido,
al tropezar con un inmenso adoquín,
y sube al trapecio muy atrevido.

Apoya el zapatón sobre la barra
y, agarrado a las cuerdas estáticas,
comienza el balanceo, lo desbarra,
y cae dando vueltas acrobáticas.

El payaso se ríe en su desgracia,
para disimular tamaño desliz,

y manotea en el aire sin gracia,
para poder volar como una perdiz.

Surca el aire solemne, aunque pateando;
es héroe del trapecio sin fortuna;
los reflectores lo enfocan, brillando
en su gloria desigual de infortuna.

Apenas consigue agarrarse a otro
que, en soledad, oscila en el espacio,
aunque, para ello, se disloca un hombro
y su único zapatón cae despacio.

De pronto, se descuelga; va girando,
cual pato que ensayara las piruetas;
el público se levanta gritando;
y él cae entre el ruido de panderetas.

¡Olé por el cojo! Grita la grada.
Esta caída mejorará la función.
¡Fue salto torpe, de gran bufonada!,
pues nada distrae más que un buen tropezón.

El público aclama: ¡Qué arte, qué gloria!.
Liado entre las cuerdas, cuelga de través;
si en el volatín peligra su historia,
será un milagro que aguante otro revés.

Hace pinitos torcidos, gloriosos;
se lanza al vacío con gran convicción;
los niños ríen y lo admiran jocosos;
y él cae como triste saco de algodón.

Su arte, que su cuerpo ya no resiste,
es eco deformado de grandeza;
un ángel que tropieza y que persiste,
riéndose él primero de su pieza.

Él, con gesto elegante, se enreda,
lucha y pierde su nariz de payaso;
se entretiene simulando ser rueda,
y las risas revelan su fracaso.

La orquesta toca con música fina,
siempre disfrazada de gran ovación,
y ahogando el sonido de su rutina:
crujidos, gemidos, ¡qué bella función!

El público, entre aplausos de grandeza,
lo convierte en el milagro de un guiñol,
confundiendo el dolor con la destreza,
pues todo fallo lo visten de arbol.

La gente anima, sin pizca de pena.
¡Ser cojo en el aire penaliza cruel!
Siempre divierte la cojera ajena
si el arte se impone, aunque nos sepa a hiel.

EL TITIRITERO Y EL GUIÑOL

Con su maleta y un guiñol plegado,
pintado con un azul desgastado,
en algún parque detiene sus pasos
y, con tranquilidad, despliega el guiñol
con movimientos diestros, sin retrasos.

Absurdo teatro de tablas pintadas,
con cortinillas rojas y cerradas;
que está dormido, callado, sin calor;
guardián en su seno de risa y llanto,
de vida en retazos, de voz y color.

El titiritero agacha su cuerpo,
oculta su infantil magia en un cepo,
quedando escondido bajo la caja.
Coloca y revisa sus marionetas
y, con rapidez, las piezas encaja.

Mete la mano en su faldón de lana;
los niños se agrupan en tierra llana;
se sientan y aprietan todos con ansia;
piden inquietos que empiece la función,
agotada ya su perseverancia.

Se abren las cortinas, la farsa empieza,
fijos todos los ojos en la pieza;
los niños, juntos, se agolpan, se aprietan,

juegan, se ríen, se empujan chillando,
y, sentados en el suelo, se aquietan.

Sale la bruja de mueca torcida,
risa cansada en su cara encogida;
finge hacer un conjuro disfrazado
y, al ver al ladrón con cara pintada,
a golpes lo despacha con enfado.

Aparece un cura solemne y serio,
que pronuncia palabras con misterio.
Sale un soldado altivo con su espada
y una señora que esgrime su escoba
le golpea su armadura abollada.

Con unos personajes tan chiflados,
deja a los niños de risa doblados.
Se revuelven de gusto; el aire vibra;
con chillidos reclaman otra pieza,
y el titiritero los equilibra.

Pone al bueno ternura; al malo, garras,
y concluye sus escenas bizarras
a golpes de escoba, imitando enfado;
o golpes duros, donde nadie escapa;
comedia servida para su agrado.

Las manos, ocultas tras un trapillo,
mueven títeres de faldón sencillo;
se abrazan o discuten y pelean
con golpes y caídas de una comedia
y voces prestadas que representan.

El titiritero, oculto, invisible,
se abre en mil tonos con voz imposible:
da al pobre un suspiro, al malo un gruñido,
imita mil voces dulces y ásperas,
y al héroe, voz de valiente cupido.

Con la música, la historia declina,
la tarde escapa, la risa se arruina.
Al subir el tono, siguen el juego
y en los chiquillos la exigencia aumenta
con la amenaza de marcharse luego.

Un espectador se queda callado;
dentro del cuento vio algo soñado:
un mundo chiquito que cabe en su sien,
en el que la farsa se hace realidad
y todas las penas se vencen también.

Acaba la función, gritos y aplausos;
todo termina y los deja confusos;
cierra el guiñol, ante su desilusión;
se corren despacio las cortinillas
y el mago de las manos cierra el telón.

Las voces, títeres y breve ilusión,
todo aquello que lució en esta ficción,
duerme en maleta de cuero gastado;
son los muñecos sin voz ni sonrisa,
que parten con el cuerpo sosegado.

El hombre, con su equipaje a la espalda,
camina con su fiesta, ahora callada.

Ha dedicado su vida a los niños,
dándoles semilla que nunca acaba
y a su infantil ilusión hace guiños.

Sabe que en cada uno que ríe o llora
queda un pedazo del guiñol que adora:
el eco risueño, la farsa, el temblor,
la ilusión de un planeta imaginario,
o un cuento pequeño que habla del amor.

EL JUGUETE ROTO

En manos de un niño inquieto,
rodando cual gran bellaco,
fingiéndose ser indiscreto,
saltaba un oso de trapo.

Cuando se sentía alegre,
besaba al oso de trapo
y estrujaba como un tigre,
hasta trocarlo en guiñapo.

“¡Cabalga, mi caballero,
que venceremos al dragón
y yo seré tu escudero
en batalla sin parangón!

Tú lo abrazarás muy fiero;
yo acariciaré con plumón;
y comerá con babero
sopa, galletas y limón”.

El niño ríe, lo aprieta,
cree escuchar su voz sincera,
y el osito hasta su dieta
le confiesa a su manera.

El oso piensa orgulloso:
“¡Qué suerte me ha dado el mundo,
soy un héroe poderoso,
aunque sea gordo y rotundo”.

Y, feliz, al niño escucha:
“¡Qué noble es mi compañero!
Mi gloria no es paparrucha,
porque él será mi escudero!”.

Corren, pelean, se agotan,
viajan al mar, suben torres,
hasta que, exhaustos, descansan
inventando mil amores.

Mas llega el fatal momento:
un hilo se rinde al juego
y el relleno, sin tormento,
se escapa de su talego.

Ha sido un cruel accidente;
un zarpazo, un hilo roto,

y algodón resplandeciente
del pecho se sale un poco.

El niño grita, dolido:
“¡Mi guerrero está muriendo!”.
Y, por su soldado caído,
llora a mares, va corriendo.

Grita y solloza, clamando:
“¡Ay, soldadito querido,
que está muriendo sangrando;
ya no es héroe divertido!”.

El oso, ya medio muerto,
piensa con su humor cansado:
“Como zapato desierto
seré pronto desechado”.

Y sigue con muda pena
viendo su fin desastroso:
“Fui rey con una condena
y ahora un osito asqueroso”.

Lo tiran, pues ya no sirve;
ni aguanta coser su herida.
Su vida pronto prescribe
en el cuarto que lo anida.

Y así fue: sin ceremonia,
lo lanzaron a la nada
y por tumba sin plegaria,
bolsa, que es fosa callada.

El niño, en cambio, sonríe:
estrena un coche brillante;
relevo, sin que se enfríe,
de aquel osito triunfante.

El niño juega con otro,
ya nunca recuerda al oso;
se pudre en su sueño roto
de olvido, sin sol ni gozo.

Final sin brillo ni gloria;
así terminan los juegos,
el polvo pasa a la historia
y los héroes van al fuego.

Final muy cruel y grotesco:
hoy rey, mañana un inmundo
trapo roto en el refresco;
su gloria duró un segundo.

Moraleja bien amarga:
ser juguete es noble oficio,
si el olvido no lo amarga
como premio del servicio.

LA FIGURITA VANIDOSA

En vitrina de vidrio reposaba,
durmiendo, una figurita callada;
la luz, sobre ella lucía y brillaba
buscando acariciarla enamorada.

Su figura pura y rostro angelical
relucían en porcelana fina,
tejiendo sus reflejos en el cristal
al sentirse una reina en la vitrina.

Presumía ante el resto de alabastro,
pues sólo en ella descubría esplendor,
diciéndoles con un desdén nefasto:
“¡Qué toscos sois ante mi brillo y color!”.

Y seguía orgullosa y altanera:
“No hay otra que iguale mi forma gentil.
Soy flor y única joya verdadera,
mi brillo es eterno, perfecto y sutil”.

Las demás soportaban su arrogancia
callando el desprecio de su vanidad,
mas ella presumía de elegancia,
como el oro falso de la necesidad.

Las otras, tranquilas, la contemplaban;
sabían que el orgullo es una ilusión,
frágil gloria que los demás apagan,
consumida en su más pura confusión.

Un día, alguien, cautivo de su encanto,
la alzó para verla fuera del cristal
y en su mano observarla sin quebranto,
disfrutando su belleza magistral.

Con ternura la asió y su pulso falló;
un segundo de espanto, lleno de horror;
el suelo, al golpe, con tristeza estalló,
y de la bella sólo quedo el rumor.

Se quebró su frente, cuello, y encanto;
voló por el aire su efímero albor;
y en polvo blanco, silencioso manto,
selló para siempre su vano esplendor.

En mil trozos se quedó la hermosura,
su faz, cuerpo, brillo y aquella pasión;
entre restos lloró la desventura
del vano orgullo que fue su perdición.

Ahora, entre ruinas, la sombra murmura
que toda belleza se acaba al final;
que con desdén se cose la amargura,
al menospreciar ser bella en lo moral.

Alegoría sobre la vanidad
y la fragilidad de la belleza.
Sólo importa del alma su calidad,
porque todo lo rompe una torpeza.

EL FANTASMA JUGUETÓN

Tengo un amigo que es imaginario,
un fantasma que nadie más lo ve,
pero pronto se cambió de escenario
y convirtió en espectro bebé.

Ahora, es un amigo que muy pocos ven;
risueño, se oculta tras la pared,
o se esconde de visitas con desdén,
para poder mantener su papel.

Se ha convertido en un fantasma burlón;
una visión espectral, que juega
sin que ninguno lo vea en la reunión,
porque sólo a nosotros se entrega.

En penumbra, ríe, cual duendecillo,
mi fantasma de vuelos traviesos;
juega y se esconde bajo un estribillo,
para despertar mis embelesos.

Juguetón, entra dentro de un espejo,
lo traspasa como si bailara;
asusta un rato, pero sin consejo,
pues su sonrisa siempre lo ampara.

Aparenta que se queda entre la hoja,
una mitad delante y otra atrás;
y, en su danzar, travesuras te arroja,
borrando sonrisas como aguarrás.

Pequeño espíritu, sombra liviana,
nacido en alguna catacumba,
se esconde, canta en la noche cercana
y, con juegos, la alegría arrumba.

Me cuenta cuentos para poder dormir;
al bebé lo arrulla con voz de miel,
y cuenta a mamá lo que nos oyó decir,
cual chivato travieso, bicho cruel.

Jugamos con carreras en el salón,
yo corro y él traspasa paredes,
me río contento por mi confusión
ante sus apariciones breves.

Cuando yo me tropiezo y comienzo a caer
y mis huesos en el suelo darán,
él, muy vigilante, me intenta coger,
pero sus manos no me agarrarán.

Pues no puede tocar nada sólido,
que no exista en su mundo fantasmal.
Al fin, me golpeo como un bólido,
y él, feliz, se divierte con mi mal.

Es un bonachón duende transparente,
que cruza las paredes sin chistar;
asusta de un modo tan inocente,
que nadie se lo puede enemistar.

Nos parece la visión quimérica
de un espantajo alegre y benigno;

nos ayuda con mucha aritmética
y falla si tarea le asigno.

Un fantasma que juega volando,
atraviesa muros sin tropezar,
que con galletitas sigue soñando,
mas su mano no las puede alcanzar.

Se pone sombrero y capa brillante,
mas nadie lo mira salvo un patín.
Es torpe, risueño y tan delirante,
que asusta de risa, no por ser ruin.

Se viste a ratos de pirata fiero,
o de rey con corona de algodón,
mas nadie lo mira en su atuendo entero
y acaban riéndose del anfitrión.

Quiere coger tostadas de la mesa,
sus manos las traspasan sin querer,
él se queda con cara de sorpresa,
luego ríe hasta llorar y toser.

Así pasa su vida, alegre y vaga,
jugando al despiste en nuestro salón,
un alma tan tierna que nunca embriaga,
torpe fantasma con buen corazón.

EL LADRONZUELO INEXPERTO

Anda un ladronzuelo torpe,
con sigilo, en la alameda;
intenta dar un buen golpe,
pero al hacerlo se enreda.

Como aprendiz inexperto,
su robo es muy descarado;
al instante es descubierto
y oye un grito inesperado.

Pues su víctima, al notarlo,
vocea: “¡A él, que me ha robado!”,
y, airado, intenta agarrarlo,
moviéndose acelerado.

Enfurecido va tras él,
clamando: “¡A ese, señores!”,
y el perseguido por tropel
huye de tantos clamores.

Corre sin mirar al frente,
ojeando quién lo persigue;
con un traspies pasa el puente
sin que nadie lo castigue.

El ladronzuelo en apuros
aparta lo que le lastra;

“¡No robo más, se lo juro!”,
mientras cansado se arrastra.

La cartera al suelo lanza
rogando: “¡Déjenme en paz, ya!”,
mas un feroz can lo alcanza,
y en sus bajos lo morderá.

Mientras se sacude del can,
que sólo alcanzó el pantalón,
llega gente como huracán
y le lanza al perro achuchón.

El chucho ladra y se orina
sobre una de sus perneras;
retrocede con inquina,
aunque guarda las maneras.

Un perrito lo olfatea,
ladra, corre, lo persigue,
y la gente se chotea
al ver su forma de rehuirle.

Le dejan paso con clamor;
el chucho, ladrando, salta,
y el pobre huye sin valor,
mientras dura la revuelta.

Ve una verja, trepa y brinca
a sus barrotes de hierro,
mas el can detrás se afínca
y salta tras su trasero.

Asido fuerte a la verja,
cree que se escapará entero,
mas el perro, sin que aflija,
de un salto muerde el pandero.

Con mucho estruendo, el pantalón
se rasga con gran coraje,
muestra en calzón su vergüenza,
sujetando el mal encaje.

Rasga la prenda sin perdón,
deja el calzoncillo al viento;
y él, con cartón tapa el baldón,
rojo de ira y sufrimiento.

Cruza al fin la verde verja,
suspira: “Al fin he escapado!”,
pero en el jardín aguardan
dos mastines sin bocado.

Salta al suelo con gran sudor,
gritando: “¡Libre me veo!”,
mas los mastines, con furor,
le dan nuevo dentelleo.

Vuelve atrás, salta de nuevo,
ya sin aire ni decoro,
piensa: “¡Qué malo fue el juego,
perdí lo que más valoro!

De nuevo trepa la reja,
con jadeos se resbala;

“¡Qué negra suerte me aqueja,
duré lo que una bengala!”.

Con su cartoncillo al aire,
y la mano atrás metida,
reniega de su desmadre
y de su torpe partida.

Varios perrillos se agrupan
ante el fuerte olor del orín
y, pata en ristre, se ocupan
para dejar su colorín.

Quiere esconderse entre gente,
deshecho, roto, sin botín;
con un pantalón pendiente
y un gran cansancio sin confín.

Pero la gente se aparta
por el tufo de tanto hedor
y, avergonzado, descarta
estar con gente alrededor.

Pensó el ladrón: “¡Qué locura!
Por un extra que ni guardo,
perdí mi honra, mi costura,
y escapé como un bastardo”.

“Por una cartera ajena,
nada obtuve en la jornada,
sólo arañazos, mi pena,
y una risa desatada”.

Esta lección queda dada:
quien roba, corre sin razón,
y al fin consigue, por nada,
tan sólo un roto pantalón.

Moraleja comprendida:
robar siendo unos patanes
termina como corrida
con calzoncillos gañanes.

Y el que al robo dé apetito,
mejor será que trabaje...
¡o mostrará su culito,
bajo el calzón de su traje!

LA PASARELA DE MODA

El público, en orden, busca su asiento;
las sillas rodean la pasarela;
algunos se saludan un momento,
son los diseñadores de la escuela.

Pronto harán su aparición los diseños;
bajo observación de los invitados,
lucirán las galas de mil ensueños,
con tacón y vestidos escotados.

Las modelos, como diosas vestales,
aguardan el momento de mostrarse,
con pasos enérgicos y vitales,
debiendo de su público olvidarse.

Ahora serán diosas y no modelos;
pasearán la moda con sus vestidos;
mil ojos estarán fijos en ellos,
si los muestran en sus cuerpos ceñidos.

Entre bastidores vibra el tumulto;
bajo las luces, la tela suspira;
un retoque final, un toque oculto,
una aguja enhebra, el reloj conspira.

En el tocador, el aire es espeso,
la seda inspira, murmura el espejo;
una sombra de polvo, un beso ileso,
y el desfile será un fulgor añejo.

Se observan con rivalidad callada,
sus celos son como miel en colmena;
una ríe altiva, la otra asustada,
allí, la enemistad las envenena.

Las envidias perfuman el ambiente;
mantener una amistad es un lujo
cuando se ha de pelear por un cliente,
porque el demonio se viste de brujo.

Las diosas critican cada decisión,
se odian con sonrisas de porcelana;

una sueña en silencio con redención,
y otra teme hasta su sombra liviana.

Las dietas matan y las normas ahorcan.
Ahora, sus sueños pesan más que el cuerpo;
con rencillas que al despido convocan
y figura en un espejo mastuerzo.

¡Qué caro se paga el brillo en los ojos,
qué hambre tan muda, qué piel tan ajena.
Ser musa duele, y en breves antojos
se disfraza el alma y oculta la pena.

El diseñador, genial voz de trueno,
levita entre cuerpos como un profeta;
sus dedos dictan con juicio terreno,
y en la censura su mente concreta:

“¡Rápido! ¡Cosed! Que el mundo no espera,
ni el fallo indulta, ni tiempo concede!”.
La tela obedece, su forma altera,
y su arte castiga, pero no agrede.

Las modistas, atentas, se apresuran;
con alfileres prendidos en boca,
aguja e hilo en la mano, aseguran
largo, dobladillo, corpiño y toca.

El modisto reina, genio y tirano,
mirada de artista con voz que ordena;
“¡Ese pliegue no cae como su hermano,
ajústalo para salir a escena!”.

Un alfiler ensarta el aire en vilo,
una falda se acorta, otra se ensancha;
la prisa es un cuchillo, el tiempo es hilo,
y el pulso emocionado cose y plancha.

Una aguja pincha, la otra consuela,
y su hilo cose suspiros del alma.
La prisa camina por cada tela
y el tiempo desangra su falsa calma.

De pronto, la música truena y vibra,
los focos deslumbran con su luz crucial;
durante el desfile, el mundo equilibra
su amor y aprecio por lo superficial.

“¡A pasarela!”, la música empieza,
un compás musical vibra en la pista;
salen las diosas con fría belleza,
rostros de mármol, mirar de revista.

“Camina, belleza, que el suelo arde,
mira sin mirar, respira despacio.
La gente aplaude el vestido de alarde,
si el flash lo ilumina como epitafio”.

Destellos de luz, murmullos de encanto,
todos los ojos clavados en ellas;
cada paso, un poema, un leve quebranto,
y cada giro, un latido en las huellas.

Una tropieza, la suerte vacila,
el tacón traiciona, el alma se rompe;

pero alza su cuello, su faz vigila
con gesto altivo de orgullo y de bronce.

Otra da un traspiés, ¡pero sigue airosa!;
con su sonrisa disfraza el tropiezo;
nadie nota la herida, sigue hermosa,
y el público aplaude ante su embeleso.

Tiembla, aunque su garbo no la delata.
Su corazón late bajo el encaje,
pero ella lo oculta siendo sensata,
como diosa que sostiene su ultraje.

Tras bambalinas se cambia el vestido,
dos manos que ayudan, tres que se estorban;
sudor y perfume en sueño curtido,
y las modelos su belleza exportan.

Vuelven al caos de vestirse y correr;
miradas que se cruzan, la envidia arde;
una ayuda, otra empuja, otra ha de saber
si el fracaso ajeno será un alarde.

El diseñador observa; pendiente,
mide aplausos, saborea el instante;
ve una sonrisa, quizá complaciente,
para su reino efímero y brillante.

El creador, feliz, los brazos levanta,
Su creación respira, el público estalla;
en su mirada una lágrima canta,
pues su reino acaba si el salón calla.

Cuando todo termina, aún suenan los pasos,
destellos del flash, en largo goteo;
y en cada diosa que muestra sus brazos,
un resplandor y le nace otro empleo.

En tinieblas queda la pasarela;
con un triste eco de tacón rendido:
la moda es sueño que muere y modela;
su belleza es pacto con lo perdido.

EL CUERVO, MISTERIO ERRANTE

Volando en esta medianoche oscura,
se me aparece un cuervo en mi reflexión,
como si su presencia fuera hondura
y yo pudiera alcanzar mi redención.

Voló tres veces y las tres se posó,
y, revoloteando en mi imaginación,
graznó fuerte a su izquierda y todo cesó.
Creí que era mi muerte y perdí la ilusión.

Ahora yo lo veo volar de verdad,
ya no sigue en mi imaginación febril.
Sus graznidos, que predicán amistad,
hacen que mi miedo sea algo pueril.

Tiene un plumaje negro como el carbón,
con brillos azules a la luz solar,
y pico y patas negras como tizón,
con garras curvadas para sujetar.

Lo asocian a muerte y malos presagios;
también, profeta de buena fortuna;
compinche del mal, demonios y plagios;
guía de almas perdidas a las que acuna.

Nace la alborada. En un vuelo leve,
cruza el espacio de sol decorado
el cuervo negro, con su sombra breve,
y grazna a la vida su canto alado.

Los niños lo siguen con risa clara,
creen que su vuelo traerá venturanza;
en su pico porta una luz que ampara,
con el brillo robado a la esperanza.

Su graznido hiere como campana,
honda, metálica, triste y sombría;
aunque hay quien se cree que es voz arcana,
eco de dolor, muerte y profecía.

Mas otro espíritu ve en este vuelo
romántico aviso de amor profundo;
sombra en que se disuelve cualquier duelo,
llama ardiente con que incendiar el mundo.

El pueblo dudoso, lo observa inquieto:
¿ángel de la suerte o signo funesto?

Mas él se posa con gesto coqueto
y los mira libre, sagrado y presto.

De esta forma, el cuervo, viajero eterno,
lleva en sus alas un rumor incierto:
un aura alegre, con un soplo tierno,
y un beso gótico de lo que ha muerto.

En una rama alta se posa el cuervo,
negra silueta contra el cielo fatuo;
parece un rey con su poder acervo,
graznido sonoro que retumba arduo.

Si baja al prado, la gente se ríe,
dicen que anuncia fortuna y encanto,
y en su planeo el mundo le sonríe,
como si el aire guardara su encanto.

De pronto, en el alfeizar de un ventanal,
se posa con mirada de centella,
como si fuera guardián del bien y el mal,
o emisario de tiniebla y estrella.

Cuando en la tarde la luna se asoma
y un brillo descubre en cristal cercano,
sus ojos persiguen la luz que aploma,
y roba centellas con pico ufano.

Mas si en la noche tu ventana toca,
clavando sus ojos de sombra inquieta,
alguno reza y fervoroso invoca,
pues ve un presagio que a su alma aprieta.

Su ala oscura parece negro velo;
su graznido es como eco de otra orilla;
y el corazón te tiembla en su recelo,
como si te hablara la propia arcilla.

Mas hay quien afirma que trae amores,
pues en la pena germina una rosa,
que en su negrura late con colores
y hasta en su sombra la vida rebosa.

Así es el cuervo: misterio errante,
alegre, grave, romántico, fiero;
un ser que guarda, de instante a instante,
voz de presagios y de mundo entero.

LA LOMBRIZ

Nacida en la tierra del barro primero,
se desliza la humilde lombriz sin nombre.
Desconoce que tendrá un fin traicionero
en las avariciosas manos del hombre.

Bajo tierra húmeda vive sin directriz,
oculta en barrizal del suelo sombrío;
un chiquillo la busca, y escarba feliz
para arrancarla de su mundo sencillo.

Con su palito conseguirá sacarla;
él no sabe del tiempo, juega sin traición,
y ella no teme el abismo por buscarla,
pues salir del barro será su perdición.

Aún ignora que esa mano censurable
la condenará a un inmediato averno,
pues muy pronto conoce al hombre implacable,
que ávido la arranca del seno materno.

La guarda en un frasco con tapa de vidrio.
La encierra en un tarro, prisión miserable,
diminuto tesoro para el martirio,
y en su interior permanecerá culpable.

Habitáculo reflejo del infierno,
sin aire, sin barro, sin fuga posible.
Allí se retuerce con temblor eterno,
con sino marcado por huida imposible.

Al río la llevan con caña y anzuelo;
el hierro la hiere con curva traviesa,
la ensarta viva, sujetándola al vuelo
que a su cuerpo retuerce, lo encoge y tensa.

Siente un desgarrón que la hiere indefensa;
su carne se rasga, su entraña se agita
y en su dolor no grita con voz intensa,
sólo con su sangre la muerte suscita.

El hierro la cruza, su carne doblega,
su sangre manando no encuentra consuelo.

Después la sumergen, clavada en su entrega,
y el sedal la baja prendida al anzuelo.

Nota el frío que su frágil cuerpo anega;
lucha para no hundirse y caer en el suelo,
y el agua la acoge, sepulcro que niega
ser condena, tumba o su cárcel del cielo.

Allí permanece, sin voz, impaciente,
hundida en el río, colgada en la nada,
la muerte en su carne se vuelve presente,
y se ofrece en silencio como carnada.

Las aguas mecen su existencia atrapada;
un mártir sin nombre en cuerpo condenado,
símbolo frágil del ser que nada aguarda
y aún desconoce a lo que está sentenciado.

Permanece por anzuelo atravesada,
absorbiendo el agua como si fuera hiel.
Actuando como delincuente atrapada,
que siente luz bajo el agua, sobre su piel.

El río se agita y un pez la percibe,
la corteja amante sin decidir qué hacer.
Se acerca curioso, la husmea, la vive,
pero el anzuelo le hace desaparecer.

Otro pez se acerca y con sus fauces muere;
un mordisco basta y la traga en su seno;
la engulle sin pausa, la carne se pierde,
y en ese banquete termina su sueño.

Sólo es su diario alimento; no es un crimen;
no entiende que, con su mordida certera,
repite la historia que todos redimen:
comer y morir es la ley verdadera.

El sedal se tensa, las aguas se alteran,
y en sombras profundas la presa se muerde,
para alimentar seres que proliferan,
y el ciclo se cierra en el río y su muerte.

Así, la lombriz cumple, sin un delito,
su entrega a la rueda que nunca perdona.
Así, la lombriz es pasto de apetito
y su frágil sino al instinto perdona.

Del fango a la muerte en un río infinito;
su historia borra en sangre que lo pregona:
“Quien vive en la espera como requisito,
ignora que el mundo a todos abandona”.

Así, la lombriz, cautiva y agredida,
nos deja en su muerte un oscuro reflejo:
la vida nunca es nuestra, está concedida,
y será un día carnada de aparejo.

EL COLIBRÍ

De flor en flor se agita el colibrí
con rápido aleteo en frenesí.
Bebe su néctar, beso matinal,
y lo apura hasta alcanzar su final.

Luce en su pecho verde y carmesí,
cuando en el aire vuela para sí;
bate sus alas, vibra sin cesar,
como vuela una plegaria al rezar.

Teje el nido, ligero como el tul,
bajo una hoja, al filo del azul;
con telarañas, musgo y algodón,
guarda sus sueños de procreación.

Zumban sus alas al aletear,
como las abejas al camppear;
busca a su hembra entre flores de azahar,
y en pleno vuelo la va a cortejar.

Nacen sus crías, perlas de color,
y abren al día su tímido ardor;
ella las cuida, él ronda su alhelí,
duende del aire, dulce colibrí.

Y quien los mira siente que, al vivir,
hay alegre esperanza en su latir;
pues su alegría y su breve existir
consigue del alma su resurgir.

LA TEMPESTAD

Reposa el mar bajo su manto oscuro,
tranquilo el viento, inmóvil la marea;
mas, súbito, como cruza una idea,
se desata el infierno de un conjuro.

Poco a poco, los cielos se oscurecen;
con temor, los hombres el aire aspiran;
las velas, sin notar viento, suspiran;
y las naves son peces que perecen.

Al principio, se escucha un gran silencio,
todo se calma en quietud inquietante,
precursora de desastroso instante
que demostrará al mundo su desprecio.

Calla la mar. Su pecho se hace plomo.
Ni un soplo, ni un gemido. ¡Todo aguarda!
El mundo presiente, en prisión bastarda,
la furia que, en olas, levanta el lomo.

Pronto restalla el trueno y, con su estruendo,
semeja que el planeta se desgaja;
las olas rugen, el cielo se raja,
y el viento grita: “¡Viro a sotavento!”.

Se alzan olas en ondas espirales;
el rayo hace las alturas jirones
que llenan los cielos de nubarrones,
negros borregos, graves y brutales.

En su bravura late un mar sombrío,
rugiente león que hambriento se despierta;
los relámpagos arden en cubierta
y el trueno espanta el aire a su albedrío.

Se tensan las drizas y arrían velas;
en las crujías, llanto en cada embate;
y se caen por la borda, sin combate,
toneles, cabos, fardos y candelas.

Rotas las jarcias, los estays y obenques,
inundadas las bodegas por los respiraderos;
las cubiertas son los salpicaderos
donde nadan y flotan los arenques.

Las naves, frágil leño, se retuercen,
rompen los mástiles, se arrían velas;
las olas, columnas duras y fieras,
aúllan dando golpes y los encierran.

Chilla la nave, su proa estremece,
la espuma envuelve rostros y maromas;
los marineros, llenos de hematomas,
imploran un perdón que no acontece.

Gritan, suplican y tragan espuma
que el mar bravío escupe y los condena;
un cuerpo emerge sobre una cadena
cubierta de sal que la mar agruma.

Las olas mecen y el mar despedaza;
un cuerpo se alza, otro al abismo baja;

y el viento, en su clamor, gime y trabaja
destruyendo las naves que rechaza.

Cruje la nave, tiembla el marinero,
ciego, se aferra al palo mientras clama:
“¡Señor, ten piedad, que vuelva la calma!”.
Y el mar responde: “¡Vuestras vidas quiero!”.

Uno se arroja al agua enloquecido;
otro, busca asidero que no alcanza
y, en último y fugaz beso, se lanza
y en el viento cae, roto y despedido.

El trueno grita. ¡Qué festín de muerte!
La espuma blanca, sangre del abismo,
se agita en torno al casco, como un himno
que al hombre entierra y al cielo divierte.

Resuena el trueno y la noche hace artera;
se rompen los timones y cadenas;
el rugiente mar no entiende de penas
y, con furia, exige muerte certera.

Pero nada es eterno. El sol, distante,
rompe el cielo de plomo y lo atraviesa;
y el mar, cansado, en lenta sutileza
acoge los restos como un amante.

Después, terminada tanta contienda,
la cólera del cielo se disuelve;
la ola, que en su pecho todo envuelve,
se alza fuera del mar y su encomienda.

Fatigada al fin, huye la tormenta
arrastrando su melena salada;
hacia la costa va, desencajada,
con clamor de muerte, dolor y afrenta.

Aleja sus relámpagos sedientos,
sus abrazos de mortal quemadura,
sus truenos repletos de furia impura,
y al fin tranquiliza los instrumentos.

Ahora, sopla sobre tierra indefensa,
rompe árboles, tejados y cimientos;
los gritos se confunden con lamentos
de animales buscando una defensa.

Y, al encontrar tierra, aún con voz herida,
ruge y desata el resto de su historia:
derriba tapias, hiere la memoria
y deja en cada muro media vida.

El mar invade playas, que limita;
lucha contra acantilado y quebrada;
enfurecido, cubre tierra arada
y bate contra la roca maldita.

Empujando olas de una inmensa altura,
se interna y destruye todo a su paso;
inunda y arrastra miedo y fracaso,
asolando pueblos sin cobertura.

Allí prosigue, fiera y vengativa,
rompiendo en mil pedazos las cabañas;

arrancando árboles entre las cañas,
con viento que ulula su voz cautiva.

Un niño del pueblo entre ruinas tiembla,
mira el fulgor del rayo y se persigna;
la mujer gime y el viejo se resigna,
pues con el miedo nada se contempla.

Las madres, con los ojos sin consuelo,
miran pasar su casa hecha ceniza;
otra niña llora tras la cornisa
la sombra del que amó perdida al cielo.

Y, cuando al fin se extingue su amenaza
y el mar se duerme al pie de su enemigo,
queda un temblor de júbilo y castigo:
¡Es vida que resurge de su caza!

Mas cuando sólo queda la amargura
y los llantos se funden con la calma,
un resto de placer queda en el alma:
¡la sombra del poder y su hermosura!

Y al extinguir semejante grandeza,
un eco queda, largo y tembloroso;
la tierra llora, el cielo está furioso,
y el pueblo lo contempla con tristeza.

Porque hay en su furor cierta hermosura,
un gozo oscuro, un vértigo divino;
la tempestad, que es visión del destino,
muestra el poder del miedo y la locura.

Pues el hombre, en su terror, se enamora
de aquello que lo mata y lo levanta;
y la mar, madre y verdugo, le encanta,
¡pues ruge como el alma cuando llora!

EL GALEOTE

Escoltados por soldados armados,
embarcamos cargados de hierros,
subimos por tablones amarrados
y nos sentamos en bancos fieros.

Sin esperanza de volver a tierra,
descalzos, hambrientos y cansados,
con las ratas mordiendo en su guerra,
y piojos en pelos disputados.

Sujetos al remo, la mar y prisión,
pronto perderemos nuestra vida.
En el centro, de pie, el mazo retumbón,
marcando el ritmo de acometida.

Prisionero en mi banco de miseria,
junto a dos cuerpos rotos, vencidos,
mi vida está sujeta a la galera,
al remo, al mar, látigos y olvidos.

Esta es la galocha de mi bancada:
dos compañeros, tan desnutridos
que nunca podrán dar ni una palada
sin levantarse en sus recorridos.

El cómitre golpea con su maza,
retumba el eco ronco del tambor
y, a su ritmo de trueno, el cuerpo abraza
el remo largo y duro sin fervor.

Sangre y sudor tiñen mi costado,
mi espalda escuece de azotes y sal,
y el aire huele a barro resecao,
a cadáveres y hedor sepulcral.

Desnudos, con la barba desmedida,
el hambre muerde más que el rebenque
y el agua, tan cercana y fugitiva,
se burla de nuestra sed presente.

Un condenado cae y ya no alienta;
su brazo inerte cuelga sin vigor.
Mas nadie lo retira, y representa
un nuevo esfuerzo que exige el tambor.

Temblamos cuando escuchamos el cañón,
o si la nave gime en el fragor;
si el casco cede, será nuestra prisión
el ataúd de hierro y su terror.

Sueño con la pradera de mi infancia,
donde corría en plena libertad,

sin estar sujeto a tanta inmundicia,
sin látigo, hierros, o esta maldad.

A veces, con sentimiento magistral,
se corea salmodia de dolor
y, al ritmo de los mazos sobre el timbal,
comienzan con su canto atronador:

“Remad, mis hermanos,
remad si cesar
a países lejanos,
para descansar.

Remad, condenados,
remad hasta el fin,
al grillete atados
para su festín.

Banco de madera,
con remo y sudor,
hasta que uno muera
de tanto tambor.

La espalda no ignora
el látigo cruel,
la sed nos devora
con burla de hiel.

El remo requiere
de nuestra prisión;
si alguno se muere,
con su muerte es peor.

Remad, camaradas,
remad sin parar;
sin las galeradas
no hay dios en la mar.

Con barba que pende,
la mugre, el hedor,
miseria que muerde
y pudre el rencor.

Sudamos de miedo
si hay fuego o cañón,
con tanto desnudo,
no hay agua ni son.

Remad, con derrota,
remad sin cesar;
que el látigo azota
y no ha de parar.

Ansiamos infancia,
la aldea, el arroz,
mas nada es fragancia
con rebenque atroz.

Si eres un galeote,
sin cielo ni amor,
la muerte es garrote,
la vida, temor.

Remad, condenados,
remad sin cejar;

porque sois forzados.
sin poder quejar”.

Así pasa el tiempo que no se nombra:
de flor al cieno y del sol al horror,
del sueño tierno a condena que asombra,
del beso al látigo, el hambre y hedor.

Soy galeote, esclavo, carne de hiena;
mi ser apenas vive en el rumor.
Si la muerte corta pronto mi pena,
acabará al fin mi eterno terror.

EL BORRACHO

Medita con su cerveza dorada
sobre el sentido amargo de su espuma.
¿Será el amor apenas una bruma
que el alma consume sin dejar nada?

A su lado, aguarda otro vaso con ron,
para beber cuando acabe su caña,
pero en sus ojos la vista se engaña,
como en hundido barco sin mascarón.

Triste, apoya su vaso en la madera,
reflejo turbio de su antigua gloria;

en su mente naufraga la memoria,
con la espiral que en la bebida opera.

Tiembla su vaso, que torpe derrama;
no sabe si es el ron o su tristeza.
Le habla al espejo y ve, con torpeza,
que el tiempo es un reflejo que lo llama.

Ríe sin ganas: “¡brindo por mi drama!,
por cada amor que muere en su pereza,
por los abrazos que da la certeza
de que el olvido también tiene dama!”.

La barra del bar acoge su pena;
pregunta al aire si su llanto es justo,
si su amor fue débil y no robusto,
si la vida es parte de alguna escena.

Luego se calla. Lloro. Bebe. Gusta,
pero su actitud a ninguno asusta:
Nadie está sobrio cuando el alma ajusta
ahogando su pena de forma injusta.

Entre risas pregunta, ya cansado,
con lengua torpe, si todo consiste
en beber hasta emborracharse triste,
por tener un disgusto confirmado.

Brinda al vacío, la razón le cuesta,
y ríe, al fin, con lágrimas de herrumbre:
¡Ser borracho también tiene su cumbre!
¡Lléname el vaso, que mi vida apesta!

El barman limpia el tiempo en la vidriera,
sirviendo olvido en dosis transitoria;
él brinda al aire, amante ilusoria,
que en otro vaso fue su primavera.

Mira el reloj: las horas se desgranar;
la luna, cómplice, ríe en la acera;
la calle, dormida y sucia, espera;
y las almas en pena se desangran.

Cierra los ojos, ya la sed lo altera.
El mundo sigue, pero no le gana,
y su cabeza piensa con desgana:
¡borracho, sí, más libre a mi manera!

REZO DE UN CREYENTE

¿Me perdonas, Señor?
Fui un ególatra;
creí ser como un rui señor,
mas sólo era idólatra.

Rezos de eco vacío,
en sombras sin un rumbo,
ante Tu amor tardío
sin un norte profundo.

Con miradas sombrías
y palabras de olvido,
en las noches umbrías
en las que Te he servido.

Te enseño mi alma herida,
en Tu luz que redime.
Me inclino ante Tu vida
y corazón sublime.

Yo quiero redimirte
dentro del pensamiento,
sin tener que construirte
repleto de aparamiento.

Que, con Tu abrazo eterno,
sea humilde y sincero,
con mi espíritu tierno,
en canto verdadero.

Al final renaceré,
con entregada ofrenda,
y en Ti permaneceré
hasta que el alma aprenda.

Cuando el viento susurre
los secretos del Cielo,
si mi voz no Te aburre,
Tú saciarás mi anhelo.

Cada lágrima caída
vertida en desconfianza,

cada herida en mi vida,
hallará en Ti esperanza.

En quietud de un instante
donde el alma despeja,
Te encontraré constante,
con el alma sin queja.

Que mi vida, rendida,
sea espejo de Tu fuego,
y en senda compartida
camine hacia Tu juego.

En Tu luz me disuelvo,
como chispa en sol eterno;
no soy yo, me resuelvo
en Tu dolor paterno.

El corazón se enciende,
la pena se libera;
mi ser en Ti se extiende
y el alma se supera.

Soy río que retorna
a fuente que renueva;
la eternidad me adorna
y al espíritu eleva.

INVOCACIÓN EN AQUELARRE

Señor del averno, dios encarnado,
acoge esta señal de sumisión,
de bienvenida, en círculo sellado,
y dance el caos dentro del corazón.

Te invocamos. ¡Oh, príncipe del tiempo!
Que en esta hoguera se quemen ruegos,
ante tu llegada sin contratiempo,
que ensalzamos danzando entre juegos.

Señor del averno, rey encarnado,
acoge en sangre nuestra sumisión,
cierra la herida infligida a tu estado,
y que vuelva el caos en nuestra actuación.

Abrásanos en llama de lo eterno,
rompe silencios de condenación,
haz que los ojos reflejen tu infierno,
y arda tu nombre en la revelación.

Que el alma caiga, pétalo rendido,
en tu abismo de puro resplandor,
pues bajo tu yugo hemos renacido,
y en tu mirada muere el Creador.

Mas cuando cese este rito y jornada,
cuando el rocío lave el corazón

y quede en paz la carne liberada,
que en cada pulso cante tu razón.

Siendo señor, sin trono ni frontera,
te veremos en todo, con rubor:
en la tormenta, el sol y en la pradera,
en las victorias y hasta en el amor.

EL TELAR DE LA TIERRA

En el telar, los hilos son caminos,
rojos cual sangre de toro bravío,
gris y marrón como cantos de río,
o tan blancos como el pelo de albinos.

En cada puntada se guarda un rezo,
también una historia contada al fuego,
bajo la luna, cuando empieza el juego
y el silencio suena como un tropiezo.

Con la noche empieza la conspiración,
la voz del campo, antigua y encendida,
que nombra el alma, tierra compartida,
y eleva hasta el cielo su respiración.

Para que Dios recuerde su promesa,
le bailan descalzos bajo la lluvia,

quemando con el fuego su lujuria
y canto que el corazón atraviesa.

Bajo sus pies despierta la memoria,
danzan a la cosecha que llegará
al son del tambor que el alma escribirá
y al pueblo mostrará en sagrada historia.

El viento arrastra los nombres ambiguos
que sembraron con sus sueños la tierra,
buscando esa fe que al alma se aferra,
leyendo los manuscritos antiguos.

El maíz convierte en oro su bendición,
la luna vuela al ritmo de la vida,
y el telar teje historia a su medida,
hilando en el tiempo amor y una canción.

El molino muele el grano y el duelo;
el aroma del pan despierta al alma;
y, entre el humo de la hoguera que calma,
germina la tierra en amor del pueblo.

Porque somos barro, polvo y memoria
cuando la luna peina las montañas
y el silencio se llena de patrañas,
con sus versos tejidos en la historia.

VOCES DE LAS FLORES DEL CAMPO

“Las flores y el rocío representan juventud y fugacidad, nacimiento, madurez, decadencia y muerte. El viento y la luz: deseos, ilusiones y desilusiones. Hojas y malas hierbas: recuerdos, paso del tiempo. El campo: el mundo o la vida misma. Lo eterno se decide cuando aprende a perecer. Epitafio como parte de lo eterno”.

De su letargo despierta
la campiña en su verdor;
cada flor que el sol alerta
nace con pulso y un rumor.

La hierba, que crece fresca,
mece pétalos de flor,
en imagen pintoresca
de una ilusión sin temor.

El viento y la brisa miran
despertarse cada flor,
y con sus ecos las miman
hasta mostrar su esplendor.

El rocío besa flores
con luz del amanecer,
cuando el viento cura errores
antes del atardecer.

Un capullo se abre en llama
y llega a su anochecer;

nadie sabe qué proclama
la flor en su florecer.

Brilla el día, y su luz riega
como abono celestial;
pero la tarde, en la siega,
pone sombras en bancal.

Ahora, su olor se hace leve,
pues la brisa va a morir;
sólo el eco, cuando llueve,
deja al alma su latir.

Su perfume dura poco,
breve instante de paso
en ese transcurrir loco
de un día en el ocaso.

Y en la tierra, oculta y pura,
queda el sueño germinal
que, al marchitarse, es sutura
de su gemido invernal.

En el valle duerme el día,
bajo un cielo de cristal;
cada flor en melodía
canta un pulso vegetal.

Con luz de oro en las corolas,
susurra el viento un rumor
y en el tallo, entre amapolas,
late un leve resplandor.

No hay palabra que declare
lo que el campo quiere hablar;
sólo lo que el aire ampare
sabe el modo de acallar.

Una espiga se reclina;
otra, busca el corazón;
y en su danza peregrina
vive oculta la razón.

Pronto, las flores marchitan
para perder su esplendor,
y malas hierbas nacerán,
para acabar con el rencor.

Tiemblan luces en la umbría,
todo aroma es un ayer;
cada flor que el viento agría,
ya no vuelve a florecer.

El rocío, en su demora,
guarda el pulso del partir,
pues nada nace sin la hora
que lo venga a consumir.

Vuelan hojas, lentas, quietas,
por el aire sin temor;
son los sueños, marionetas
del silencio y del dolor.

Bajo el tallo, en sombra leve,
duerme el polvo del candor;

lo que el tiempo al alma mueve
no lo borra su rigor.

Y el campo, que nada pide,
sólo deja comprender
que lo eterno se decide
cuando aprende a perecer.

CANTO A LA VIDA

Bendita seas, vida, amor que inflama,
luz y eternidad en cada latido;
en tu danza, el dolor cobra sentido,
y en tu abrazo la sombra se derrama.

En ti, alegría y tristeza derramas
con besos de tu amor estremecido
y gozo de existencia enardecido,
hasta que, al fin, tú, la muerte reclamas.

Sólo la muerte contra ti debate,
la única que detiene tu corriente,
pues todo en ti renueva su combate.

Eres el manantial resplandeciente
que en cada ser y en cada amor palpita
en un canto eterno y omnipotente.

SUSPIROS DEL PRADO

En el hermoso y verde prado,
la hierba se hace maleza,
que ningún insecto ha violado,
mostrándonos su riqueza.

Murmura el viento entre la bruma,
perfumando el aire al pasar;
el tiempo discurre y abruma,
escuchando las aves piar.

La tierra tiembla, vibra y ama;
se oye a las hojas conversar;
los insectos sobre su rama
encuentran cómo progresar.

Bajo la luna el río canta,
fluye entre tierra caliza,
forzado por brisa que encanta,
con voz que el alba desliza.

Corre ligero, aunque sin prisa,
con dulce y pura devoción,
cual espejo que al alma avisa
con el pulso del corazón.

Refulge con brillo que encanta,
fulgor suave, sin un porqué;
que la luna en reflejos canta,
y en su cristal el alma ve.

Las hojas se agitan con sueño,
sin mostrar ninguna inquietud,
y, en cada rama, el viento es dueño
de un beso oculto en su virtud.

Se abre la flor, brillante estrella,
con un beso al amanecer;
la abeja danza junto a ella
y recoge su florecer.

Bella, desnuda su hermosura,
con fragancia de aroma fiel,
perfume grato, sin censura,
que se impregna sobre la piel.

Y en ese silencio y resplandor,
que hasta en las piedras suspira,
está el milagro de su esplendor,
que lleno de paz respira.

INDIFERENCIA, CEGUERA DEL ALMA

Indolencia, gesto mortal
que nos caracteriza,
degeneración capital
que la gente eterniza.

Con silencios prolongados,
apartamos la vista,
nos mostramos desganados
si parece entrevista.

No existe grito más mudo
que el de no quererlo oír,
ni aislamiento más profundo
que el de evitar sentir.

La indiferencia camina
con su paso elegante,
lleva traje de rutina
y además importante.

Mientras nuestro mundo sangra,
ella, hastiada, bosteza,
y, si ve que alguien se arrastra,
se marcha con presteza.

Duerme el mundo en calma fría,
bajo un cielo sin piedad,
donde muere la empatía
sin dejar humanidad.

Pasan sombras, van sin prisa,
ciegas todas al dolor,
y en su andar dejan ceniza
donde antes hubo un amor.

Silencio que nadie entiende;
ver y pasar de largo;

la mano que no se tiende;
y encogerse en letargo.

Trabas ajenas no existen;
no hay que ayudar a extraños;
sus asuntos no os competen
porque todos son daños.

A su sombra mueren sueños,
marchita la esperanza
y la humanidad, sin dueños,
vive en la desconfianza.

Somos los testigos mudos
de incendios que prendemos,
de injusticias sin escudos
y llantos que ignoramos.

Decimos: no soy bombero,
ni soy juez o jurado,
ni pañuelo escurridero,
ni de problemas hado.

La indiferencia ha reinado
con su sonrisa ausente
y el amor, acorralado,
se muere penitente.

Llora el campo, arde la aurora,
cae el llanto en el cristal,
mientras la gente lo ignora,
como si fuera habitual.

Grita un niño en la vereda,
nadie escucha su clamor;
la gente, con su moneda,
vende al pobre su valor.

Apatía, triste herida,
más atroz que el propio mal,
vas robando, inadvertida,
lo que queda de moral.

Nuestra ceguera del alma
no nos permite observar
cómo se degrada en calma
sin poderlo conservar.

Y, aunque el mundo se derrumbe,
nadie alzará su mirar,
porque el alma que no siente
ya no sabe despertar.

¿Esta humanidad dormida
proseguirá con su excluir,
pensando que no hacer nada
servirá para construir?

ECO Y LITURGIA DEL “NO SER”

Al eco pregunté y él me respondió:

¿Existe el “no ser”? ¿Es inexpresable!
¿Cómo comprender la nada absoluta,
en ese vacío inconmensurable?
“Con una mente abismal disoluta.

Dislocación de toda mentalidad,
en donde lo que es, no es, dejando de ser,
sin existencia, vida o vitalidad,
que a los astros les permite adormecer.

Agujero negro inmisericorde,
que se traga todo y escupe todo,
sin un inicio, conclusión o borde,
pues su existencia no tiene acomodo”.

Explícamelo, dije, y él respondió:

“No hay ser, pues en su raíz está disuelto;
no hay palabra ni voz que lo liberte;
en su misma existencia es verso suelto,
donde hasta el silencio encuentra su muerte.

Sólo existe en un vacío absoluto,
puesto que es la propia ausencia de todo,
en donde no hay ni alegría ni luto,
algo impensable, sin caos ni acomodo.

Todo cae hacia un centro sin sentido,
donde el tiempo se pudre en su desgana;
ni el recuerdo de un sueño ha existido,
ni el dolor reconoce su fontana”.

En reflexión, mi mente me respondió:

“En su noche sin fin donde no existe,
tu alma busca un latido que no suena;
la negrura que en sí misma persiste
y el vacío del ‘no ser’ que envenena.

No hay memoria, ni tiempo, ni desvelo,
ni la idea de algo que se consuma;
sólo una luz sin luz, en mudo velo,
que en su nada todo anula y abruma”.

Él, condescendiente, me comunicó:

“Soy ausencia del ser no imaginado,
eco puro de un todo que se extingue;
un fuego que aun ardiendo está apagado;
deseo sin cuerpo que no distingue.

Ceniza del verbo que ni es ni ha sido;
el reflejo de un dios que se deshizo;
un abismo imaginado en olvido;
una llama que no arde por hechizo”.

Y mi alma, persistente, reivindicó:

“Aunque el ‘no ser’ exista en tu demencia,
quiero entender su abismo sin frontera;
pues en su faz, desnuda de existencia,
mi alma encuentra la paz más verdadera.

Abismal vacío que nos devora,
bautizado en la nada que destella,
su existencia de ‘no ser’ me enamora,
pues su vaciedad es mi última estrella”.

LLAMA DEL ALMA, GRITO DE LIBERTAD

Luz que en la sombra se despliega,
brillante en justa inmensidad,
sólo el poder que al hombre ciega
teme al fulgor de tu bondad.

Beso la luz, beso el destino
sin afrenta a mi dignidad;
soy libre en mi propio camino,
libre para la eternidad.

Libertad, divino tesoro,
llama encendida en tempestad,
que apacigua tiranía y desdoro,
por siempre fiel a la verdad.

Rompe grilletes, dame vida
no uncida a la potestad
de una esclavitud fementida;
que pueda gritar ¡libertad!

Alzo mi voz sobre el camino,
hambriento de esta libertad.
Vuela su espíritu divino,
que rompe silencio y verdad.

No hay fe más pura ni más cierta
que ser del alma capitán,
preferir el riesgo en la puerta
a un mundo muerto y sin afán.

Te amo, aunque seas mi tormento,
mi amargura, rabia y verdad;
eres la voz que siempre aliento,
risa y suplicio sin piedad.

Te llevo muy dentro, en la sangre,
formando parte de mi ser.
Me devoras como un enjambre
cuando llega el atardecer.

No hay dios ni rey que te someta;
tu sombra es mi serenidad,
fe que se alza, pura y completa,
como una flor en soledad.

No hay muro, yugo ni cadena,
que al alma libre detenga;

aunque de mi ser brote pena,
que al viento aprese en arenga.

Si el dolor se cobra mi duelo,
no he de temer la oscuridad.
Mi voz se elevará hasta el cielo,
pues mi vida es tu eternidad.

EL FUNAMBULISTA SONÁMBULO

Un sonámbulo, al tendido eléctrico,
en sueños, quiere subir y caminar;
rápido, trepa a un poste tétrico
y sobre un cable pretende dominar.

Dormido va, con un paso que encanta,
por cables vivos, rumbo a su tortura;
sobre un tendido que zumbando canta,
ríe y aplaude tan poca cordura.

Los cables chispean irreverentes,
mas él bosteza, flota y se levanta
en un cielo de nubes inclementes
que, con ronco tronar, al alma espanta.

Desnudando al cielo, el trueno vigila,
mientras un gato a lo lejos se espanta;

él hace un giro, el aire se perfila,
y la luna, feliz, su risa aguanta.

Un poste le grita: “¡te vas a freír!”.
Pero él, plácido, mantiene su empeño,
y hasta parece que desea admitir
que morir dormido será un buen sueño.

Cruza entre postes, dueño de su temblor,
despeinado, sin red, pértiga, o guía,
mientras un búho murmura: “¡cuánto error!”,
y un dron graba para el viral del día.

Él gira en sueños, bailando en la nada,
con un pie en el aire, el otro más atrás,
camina en cable de cuesta empinada;
tropieza y, sin caer, deja al riesgo detrás.

Hace una cabriola sin despertarse;
la cruceta de un poste se interpone;
de un salto la esquiva, sin inmutarse,
y él, sonámbulo, prosigue y se impone.

Realiza arriesgadas piruetas sin caer,
un arco eléctrico le da su aplauso,
y él, sin enterarse, empieza a florecer
con el olor a requemado caucho.

Salta, da un giro y esquiva un resplandor,
un cable roto zumba con centella,
mas él, con un bostezo, mata el temblor,
pues sigue andando dormido y sin huella.

Al fin desciende, sin darse ni cuenta,
inmerso en profundo sueño de anhelo,
con tanta gracia que es casi indecente,
y provoca risa que apaga el duelo.

Aterriza veloz como un vendaval,
sin despertarse, bostezo y camina
como si el mundo fuera su festival
y el cielo un cable más de su rutina.

Y en su ensoñación se vuelve a su casa
sin importarle noche ni oscuridad;
su mente, la pesadilla repasa,
sin poder encontrar su felicidad.

ROMANCE DEL PEZ CAUTIVO

En aguas quietas y mudas
nada un pez de fuego vital,
con las escamas desnudas,
en su pecera de cristal.

En acuario transparente,
donde el mundo es artificial,
vive este pez complaciente,
su prisionero magistral.

Es pecera clara y fría
donde mostrar su resplandor,
pavoneando su alegría,
en un ademán previsor.

Brilla con sus mil colores
y luces de fuego lunar,
sin demostrar sus dolores
porque no puede abandonar.

Sus escamas son clamores
con los destellos de un candil,
y él pasea entre rumores,
como audaz príncipe infantil.

Con escamas de centella
busca en su mundo deslumbrar,
pero se siente doncella
en dura cárcel militar.

Hay más peces que lo imitan,
mas se quedó solo al nadar,
pues con su reflejo sueñan
con la libertad en el mar.

Nada solo en su barrera,
sintiendo su sombra pasar,
aunque aplaudan su bandera
y a todos los haga soñar.

Pavonea su hermosura,
pues nadie la puede igualar,

mientras otros, con lisura,
van en formación ejemplar.

Así que solo lo dejan
en su trono de tristeza;
cautiverio que cortejan
por tener delicadeza.

Falsos corales lo cercan,
baúl pirata, abierto y sin paz,
con algas falsas que albergan
tristeza juvenil tenaz.

De arena muerta se cubre;
arena falsa lo mece;
la arena quieta lo envuelve
y el suelo desaparece.

La roca negra se aplasta,
es piedra oscura sin pesar,
parece quieta y nefasta,
y en su quietud lo hará cesar.

Cada día, está pendiente,
observa hacia arriba, mudo,
si alguien llega diligente
a echar migas en su mundo.

Cada jornada suspira,
acecha hacia afuera al azar,
aguardando a lo que aspira,
sustento comprado en bazar.

Momento que aguarda ansioso,
pues es alimento fugaz,
dependiente y silencioso
de generosidad falaz.

Las dádivas, como alhajas,
caen del cielo al prisionero,
cuando lanzan las migajas
que tiran a un basurero.

Si un dedo golpea el muro,
su cristal tiembla y resuena;
él lo observa, inseguro,
en el agua que condena.

Con su cólera pequeña,
que es mezcla de rabia y de hiel,
se resigna y ya no sueña
con un mar que abrace su piel.

Contempla la red funesta
que a sus iguales llevará,
y presiente en su respuesta
que su turno le llegará.

Ve cómo extraen sin rencilla
los cadáveres dormidos,
y presiente en esa orilla
su final ya decidido.

Con la red sacan los cuerpos
de quienes ya no estarán más,

los recogen con sus cepos
y ya no los verá jamás.

Esta pecera es su celda,
la burbuja de su prisión,
y aunque nada, gira y vuela,
no conoce otra dirección.

Se rebela en su carrera,
se agita, salta, revienta.
Y, si la pasión lo altera,
su furia en él se aposenta,

porque siempre la pecera
lo devolverá a su prisión.
Un muro que lo encarcela,
para conseguir sumisión.

Paciente, nada en círculos,
choca, salta, quiere escapar;
no lo retienen vínculos,
mas tras el muro está su hogar.

Nada en círculo de sombra,
se agita sin poder lograr
que su cárcel sea alfombra
con la que salir y volar.

Ya no sueña con la espuma,
ni ansía su regreso al mar,
sólo hay pena que lo abruma
y aguardar su lento acabar.

Ya ni imagina un camino,
ni suspira por su suerte;
pensamiento clandestino
del cautivo hasta la muerte.

Siempre con los mismos giros
en su cárcel, sin consuelo,
ve a la gente con suspiros,
como un reo mira al suelo.

ÍNDICE

Embriaguez poética.....	7
Alegato contra el verso libre.....	9
Madrid, ciudad insomne.....	10
Oda al amor eterno.....	13
Carta a la mujer que el alma sueña.....	17
Silencio de mujer.....	22
Adefesio: lo que el espejo calla.....	26
Reflexiones de una <i>drag queen</i>	29
Desvaríos de un anciano.....	36
La novia del ocaso.....	39
Nostalgia de recuerdos.....	43
Delirio de pesadilla.....	46
Anatomía del miedo.....	53
Pasar página.....	58
Cenizas al viento.....	62
Arpegios del arpa.....	69
Ecos de La Heroica y La Quinta de Beethoven.....	71
El reloj de pie.....	78
El barquito de papel.....	81
El trapecista tullido.....	85
El titiritero y el guiñol.....	88
El juguete roto.....	91
La figurita vanidosa.....	95
El fantasma juguetón.....	97
El ladronzuelo inexperto.....	100

La pasarela de moda.....	104
El cuervo, misterio errante.....	109
La lombriz.....	112
El colibrí.....	116
La tempestad.....	117
El galeote.....	122
El borracho.....	126
Rezo de un creyente.....	128
Invocación en aquelarre.....	131
El telar de la tierra.....	132
Voces de las flores del campo.....	134
Canto a la vida.....	137
Suspiros del prado.....	138
Indiferencia, ceguera del alma.....	139
Eco y liturgia del “no ser”.....	143
Llama del alma, grito de libertad.....	145
El funambulista sonámbulo.....	147
Romance del pez cautivo.....	149

Nacido en Madrid en 1947, A. Montefer dice ser “imaginativo, introvertido, impulsivo y visceral” y se define como “un actor con mil caras en público y camaleón en cualquier situación”.

Como escritor, prefiere permanecer “confundido entre la masa”, para salvaguardar su intimidad y que sólo se conozca su obra, compuesta por una saga titulada EL MUNDO EL DESNUDO (*La semilla del odio, La siembra del odio, La germinación del odio y La cosecha del odio*), un auto sacramental, varias obras menores y otros tres poemarios: PIRUETAS POÉTICAS, MÁS PIRUETAS POÉTICAS y JUVENTUD Y VEJEZ.

Sobre EMBRIAGUEZ POÉTICA, el autor dice a sus lectores:

*No os basta el ritmo perfecto
ni el endecasílabo bruñido como espada;
tampoco la rima que os recuerda
vacías bóvedas en los templos.
Necesitáis libertad de palabra,
sin cadenas que enturbien el pensamiento.*

*Hoy, quien me lea
prefiere a mi balbuceo desnudo
ese hilo roto,
una respiración hecha palabra
sin ataduras,
sin una música que suene antigua.*